



*La vida breve de todas las cosas*









*Solo sobreviven los inventores*  
*(Bolaño)*

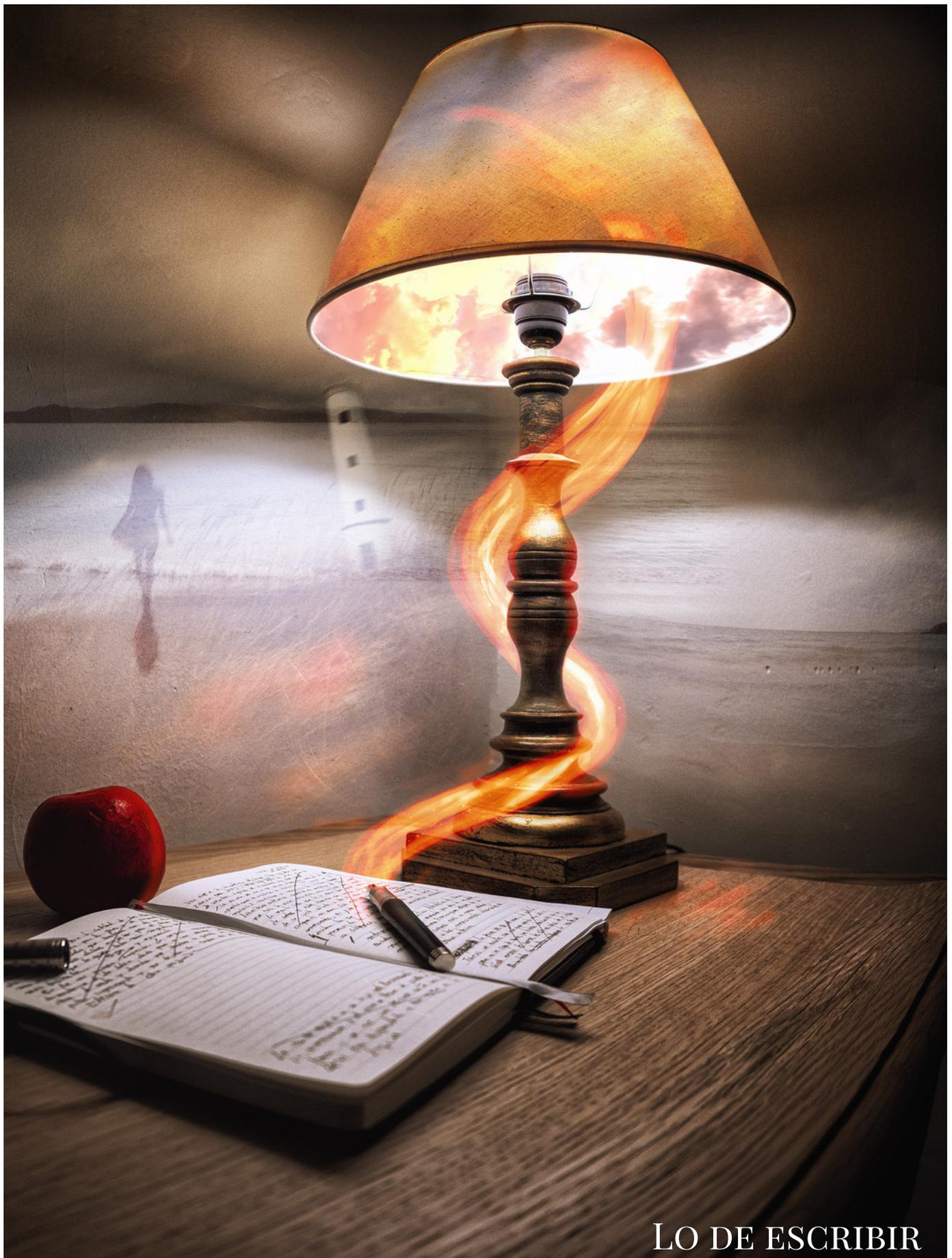


*La literatura se parece mucho a las peleas de los samuráis, pero un samurái no pelea contra otro samurái; pelea contra un monstruo. Generalmente sabe, además, que va a ser derrotado. Tiene el valor sabiendo previamente que va a ser derrotado de salir a pelear: eso es la literatura.*

*Roberto Bolaño*

*Escribir no cura, no alivia, no saca de esa niebla, de esa rebaba que es la vida. (...) Un escritor. No es el que se pasa la vida entre palabras, sino el que se pasa la vida buscando atrapar algo que está a la vez dentro y fuera de él y solo se deja atrapar mediante palabras: no, no es exacto, las palabras no lo atrapan, sino que lo revelan.*

*Rafael Chirbes*



LO DE ESCRIBIR



LA ÚLTIMA ROSA



El niño abre la foto de la última rosa y la hace flotar sobre el techo de la habitación con un gesto del dedo índice. Ha visto esa imagen muchas veces y siempre le genera la misma extraña sensación de desasosiego, una especie de ausencia, de una pieza que no termina de encajar.

Mueve los dedos en espiral y la foto comienza a girar en bucle. Observa los pétalos y piensa que esa lenta acumulación de capas no parecen algo casual: hay un propósito, una tenacidad constante en esas suaves láminas nervudas que se agrupan y abrazan cerrándose como un puñito enfurecido que se agita contra el cielo.

El niño hace un gesto con las manos y la ilustración se amplía mientras sigue rotando sobre su eje. Pero ninguna ampliación logra llegar al interior del núcleo protegido por esos pétalos, frágiles pero firmes y fieros como silenciosos guardianes de un secreto sagrado.

Cierra la foto y desplaza el dedo en el aire para hacer aparecer el texto que brilla iridiscente en el centro de la habitación. *Fotografía del último ejemplar de rosa, tomada en un botánico de Berlín*, anuncia el pie de la foto. Berlín, eso si lo sabe, era una ciudad de lo que antes del gran cambio se conocía como Europa. Avanza por el texto sin prestar mucha atención sintiendo que algo se le escapa: de nuevo esa pieza, una idea que aletea entre los dedos cada vez que intenta atraparla. Esas palabras que se acumulan unas encima de otras parecen guardar un secreto de idéntica naturaleza al que custodian los pétalos de la fotografía.

Al parecer las rosas eran organismos vivos aunque no tenían una misión definida. Antes del gran cambio los humanos hacían ese tipo de cosas, actos fútiles, creaciones efímeras en las que gastaban una gran cantidad de energía sólo por diversión. Vivían como si el mundo fuese una fuente inagotable de recursos de los que pudiesen disponer sin pensar en las consecuencias. Eran ingenuos, eran libres, pero no eran felices.

El niño suspira cansado, una luz crepuscular empieza a dibujarse en el exterior y unas gotas de lluvia parecen empeñadas en dejar un mensaje sobre la ventana, más señales incomprensibles. Se estira cansado sobre la silla que se adapta a su posición de manera automática y mira el techo donde sigue flotando la imagen de la última rosa. Observa los colores, esa lenta graduación perlada, las finas líneas nervudas de los pétalos que siguen un diseño, una lógica interna.

Todo tenía que ver con las abejas, el niño empieza a comprenderlo. Esos diminutos y silenciosos mensajeros eran los que mantenían todo en orden. Cuando desaparecieron las abejas la raza humana inició una lenta decadencia hacía la tumba que aún no había concluido porque ellas, con sus cuerpos peludos, con esos movimientos que parecían hijos del azar conocían los secretos de las flores: ellas bailaban ante las flores que se abrían solícitas para acogerlas en su interior. Las abejas daban cuerda a un mundo cansado y éste seguía girando de una manera previsible.

De un manotazo el niño cierra todas las ventanas abiertas que desaparecen haciendo un pequeño efecto de explosión y dejando un rastro de estrellas a su paso. Tiene que acabar la redacción y dejar de pensar en causas y efectos, sabe lo que se espera de él: análisis de ADN, datos estadísticos y una leve crítica bienintencionada para que la profesora sepa que tiene un espíritu crítico pero no demasiado, nada por encima de la media, ese es el secreto. El niño ha suspendido muchas asignaturas por esa desagradable tendencia, en palabras de sus profesores, de no saber centrar sus pensamientos en las cosas importantes.

Tras al gran cambio no quedo lugar para nada que no fuese útil, que no tuviese un propósito definido y acotado. Es una frase que has escuchado muchas veces y que siempre le deja con una extraña sensación de vacío en el estómago porque, de alguna forma, eso parecía indicar que tampoco había sitio para él en ese nuevo y luminoso mundo sin rosas y sin abejas.

El niño suspira y vuelve a reclinarsse en la silla. Conecta el casco de procesado que se posa como un insecto sobre sus rizos rubios y, con los ojos cerrados, empieza a pensar las palabras iniciales de la redacción que empiezan a aletear en el centro de la habitación.



Ernesto en una selva de Colombia gritando: dispara, cobarde. Sólo vas a matar a un hombre. La puta honrada, la princesa que nunca quiso ser ninguna de las dos cosas. El zar suplicando por su vida en un bosque a las afueras de un lugar llamado Petrogrado. La mirada serena de mi padre. ¿Ese de ahí es Mozart?. Un soldado anónimo con el cuerpo lleno de metralla y envuelto en una bandera: *miradme cantar himnos con mi boca llena de gusanos*. La santa sin nariz a quien nadie escuchó renegar de su fe porque le habían cortado la lengua... El sátiro, la muerte, la doncella....

Todos llevamos una máscara, no podríamos vivir sin ella. No estamos preparados para contemplar la huidiza criatura que vive al otro lado del espejo.



Elige una máscara, vive con ella, nadie sospechará nada, en realidad a nadie le importará. Todos fingimos, todos decidimos creer en las máscaras. Lo hacemos para no matarnos entre nosotros, lo hacemos para no matarnos a nosotros mismos.

Da igual, no importa. A nadie le importa.

¿QUIÉN QUIERES SER HOY?

El niño abre los ojos y descubre una calle desconocida del extrarradio. Abrir los ojos no es la acción exacta, pero es la que mejor explica el acto por el cual hace un instante estuviese a punto de dormirse en la cálida placidez de su dormitorio y ahora se encuentre aquí, en una calle de un polígono en esa hora difusa en que el alba comienza a ganar terreno pero las farolas aún no se han apagado del todo, como si tuviesen miedo del regreso de la oscuridad.

El niño mira alrededor y siente ganas de llorar, un millón de lágrimas nuevas y relucientes pugnando por surcar su rostro lleno de pecas. En su lugar ahoga un gemido y se muerde los labios con fuerza hasta dejarlos blancos, *esta vez no*, se repite, *esta vez no voy a llorar* y aprieta los puños para afianzar su promesa.

Entonces siente las manos húmedas y al bajar la vista descubre unas manos llenas de sangre. *Otra vez no*, murmura sintiendo que se ahoga y que un nudo se agarrota en su entrepierna. Unas ganas de orinar, de correr, de llorar... de todo a la vez.

El mundo se compone de capas que se agrupan sobre la aparentemente tranquila superficie del presente. Capas formadas por siglos de muertes, de rencores, de venganzas que ocultan la verdadera naturaleza del ser humano.

La mayoría de las personas tienen suerte: siempre vivirán en la superficie. Pero bajo esas capas habitan criaturas más viejas que el propio tiempo. Seres deformes que se alimentan del dolor, de todo el sufrimiento que son capaces de engendrar tras siglos de acechar a sus presas, de descubrir y alimentar con paciencia infinita sus debilidades, miedos y pesadillas.

Esas criaturas a veces salen a la superficie, se deslizan entre fétidas bolsas de gas atrapadas entre las capas. Encuentran las fisuras, las grietas en los corazones humanos y, cuando al fin las descubren, se quedan a vivir en ellos.

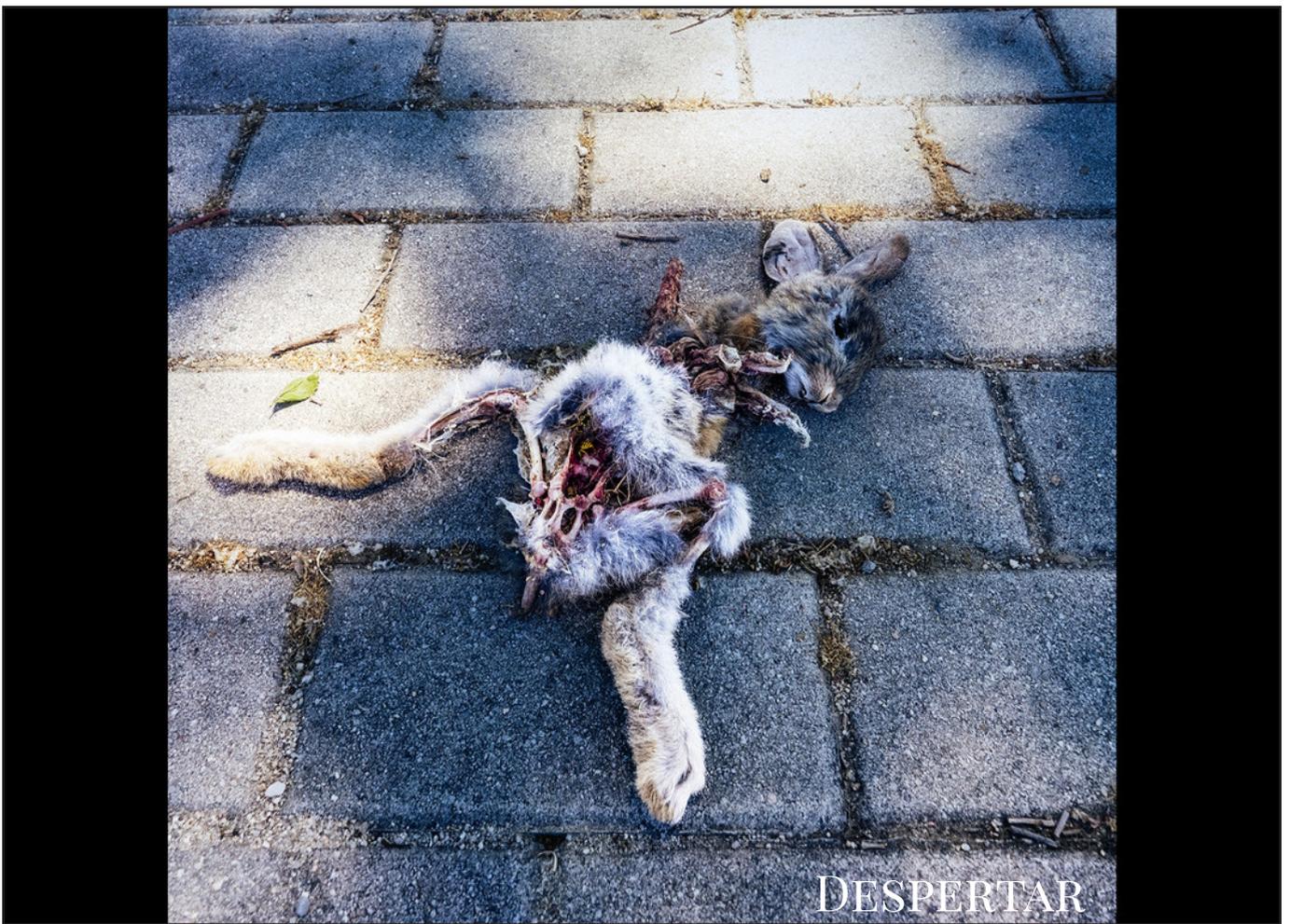
Pero eso es algo que el niño aún no ha descubierto. Es algo para lo que aún no tiene un nombre.

No quiere darse la vuelta porque sabe lo que encontrará. Lo mismo que otras veces: altares en honor al dios de la muerte, pequeñas vidas arrebatadas dibujando intrincadas figuras geométricas. No quiere darse la vuelta, pero lo hace para contemplar su obra.

La obra que ha hecho mientras tenía los ojos cerrados.

Tres liebres. Abiertas en canal, despedazadas, con sus órganos abriéndose impúdicos a la luz del día, tonos ocre y morados bajo la atenta mirada de un millón de moscas y de avispa que zumban excitadas. Hay un patrón, una intrincada geometría que siempre sigue al colocar los cuerpos, algo que sólo tiene sentido cuando cierra los ojos.

*Otra vez no*, vuelve a murmurar, pero esta vez más tranquilo. Esta vez no llorará, decide, no saldrá corriendo en busca de esos dos hombres uniformados que le recogieron la última vez. Amables al principio, con golosinas y refrescos en las manos, luego hablando entre ellos, cuchicheos y miradas de incompreensión al contemplar su obra.



Y sus padres, lo peor de todo. Su madre casi muerta en vida, cientos de años sobre esos hombros tan frágiles, la mirada perdida, casi un fantasma con el rostro congelado en un mudo reproche. Su padre, pequeño y furioso como un dios menor, buscando una explicación, sintiéndose agraviado por cosas que nadie entendía.

No, esta vez no.

El niño mira alrededor. Sabe que hay un método en esa locura, una lógica interna. Las calles donde aparece al abrir los ojos son siempre cercanas al barrio, aquello que toma el control busca siempre en la zona del río, cruzando la autopista. Ese es su territorio de caza, se estremece el comprenderlo.

Mira hacia el este, donde el sol se despereza y parece burlarse de sus preocupaciones. Al fondo reconoce las chimeneas de la fabrica, un poco más lejos su casa, su dormitorio, más cálido y acogedor que nunca.

Se limpia con rabia las manos en los pantalones del pijama, se sorbe los mocos con ferocidad y empieza caminar en esa dirección.

A sus espaldas queda aquello en lo que se convertirá. Pero es pronto, es algo para lo que aún no tiene nombre.

El mundo ha seguido girando. Ahí siguen, las estaciones agolpándose sin prisa en calendarios vencidos, los relojes acumulando tiempo en sus negras entrañas.

Nada cambia. El sistema que hemos diseñado sólo admite adeptos y convencidos, no permite que levantemos el pie del acelerador aunque vayamos directos al abismo.

El pie a fondo, el rugido de los neumáticos al tomar la última curva. No te preocupes, todo irá bien. No lo pienses más y esboza una sonrisa forzada para tu red social favorita.

Eso que te duele es el corazón, ¿lo recuerdas? Antes hablabas mucho de él.

Mientras tanto la naturaleza ha seguido haciendo origamis. Delicadas piezas de orfebrería cuyo significado se nos escapa entre las manos... cuyo significado hemos perdido la capacidad de entender.

No pasa nada, el mundo seguirá girando sin nosotros, no os preocupéis. Lo hará más ligero al haberse librado de nuestra carga y los origamis seguirán ahí aunque ya no quede nadie para observarlos.

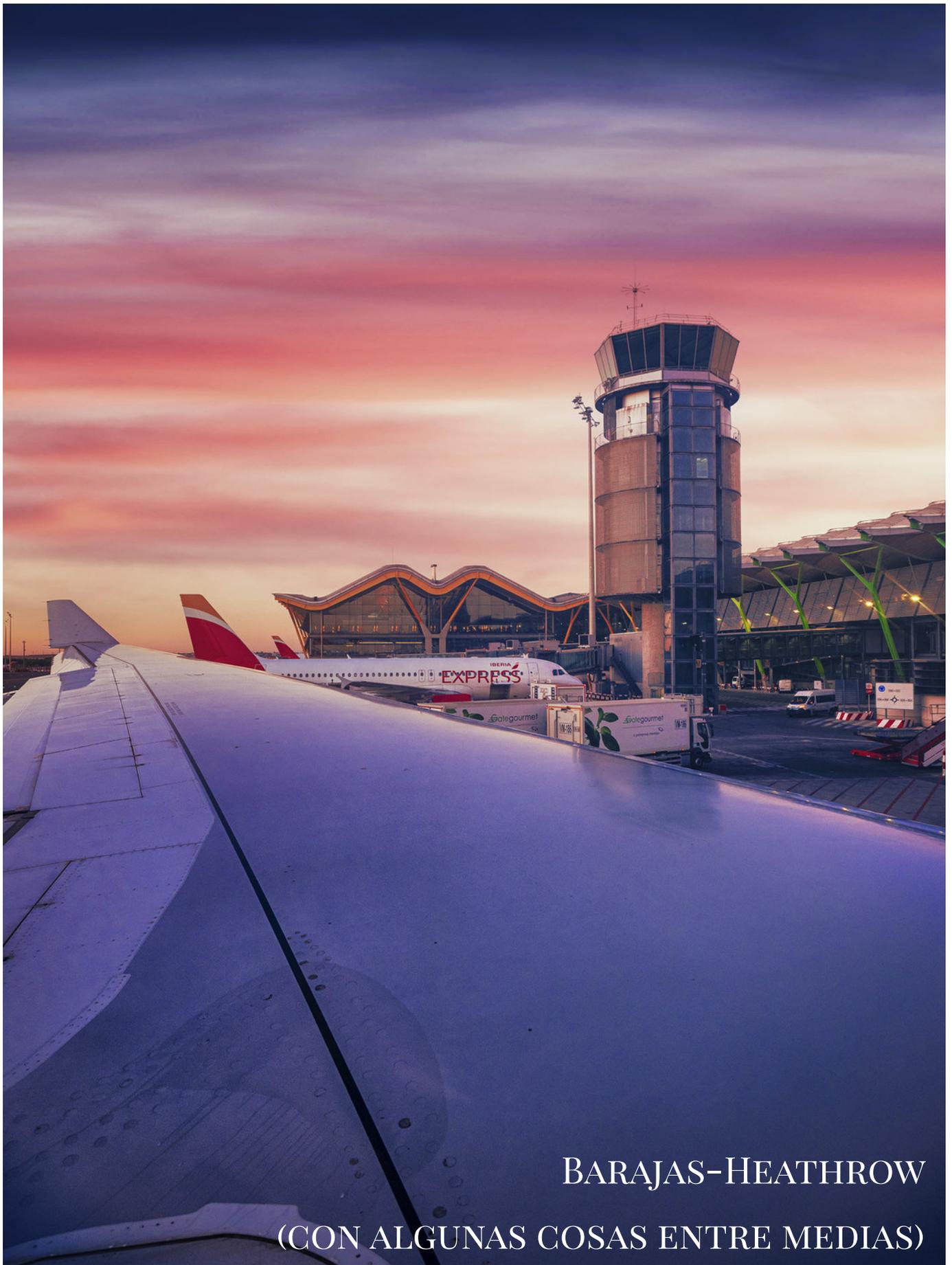
*¿De verdad pensabais que los hacía para vosotros?. Cuánta soberbia, cuánta ingenuidad. Qué extraña mezcla de inocencia y destrucción en esos cuerpos tan frágiles.*

Acelera, pisa a fondo, sin miedo, sin dudas. Ya casi se vislumbra la última curva, ¿lo notas?, el calor del fin del mundo... Acelera, no lo pienses. Ahora, justo ahora es el momento de sonreír.





EL UNIVERSO SIGUE HACIENDO ORIGAMIS



BARAJAS-HEATHROW

(CON ALGUNAS COSAS ENTRE MEDIAS)

A pesar de todo el empeño de las compañías aéreas me siguen gustando los aeropuertos. El espacio liminal por excelencia, el último reducto de la humanidad donde cada persona tiene un propósito, una función, o un destino.

Viajar es también una forma de definirnos ante el mundo. A un lado del cuadrilátero, felices y luminosos, los soñadores planeando viajes que son sólo de ida. En la otra esquina, con sonrisa cansada, los fatalistas ahogándose en viajes de vuelta.

Barajas, un cielo extraño como la luz mal calibrada de un croma barato. Reflejos iridiscentes en las alas cuando el avión lucha por desprenderse de la gravedad. La serpiente plateada del Támesis vista desde las alturas como esos ríos de papel de aluminio que recorrían mis maquetas infantiles. El mismo río, ahora convertido en una criatura tranquila y domesticada de color pardusco al contemplarlo desde la orilla.

Todos somos más radiantes, mejores, cuando nos observamos desde la distancia.

Londres, apiñada alrededor de esa culebra formada de agua. El parlamento, con sus torres catedralicias, sirviendo de fondo como en la portada de aquel libro que prometía enseñarme un idioma que nunca he logrado comprender. Sus calles, llenas de gente, comiendo, hablando, consumiendo a manos llenas como quien intuye el fin del mundo. Un puñado de locos sin patria ni un lugar donde esconderse. No veo niños jugando en esas calles. Riadas de escolares en uniforme, serios y concentrados. Niños con rostros de adultos prematuros, niños sólo en tamaño.

Doscientos museos, dice la guía con algo de orgullo cuando abro una página al azar. Exposiciones dormitando dentro de pesados edificios como dinosaurios tranquilos que no saben que se han extinguido. El aire del siglo XVIII atrapado aún en las vitrinas pidiendo algo de luz, un correr de cortinas para contemplar el mundo que se han perdido tan ensoñados como estaban en el pasado. Giro en una de las galerías, segundo piso, mujeres sin cabeza me saludan. Me he vuelto a perder. Un guía con gorra amarilla sonrío comprensivo y me indica la salida a través de la tienda de regalos.

Viajes sólo de ida, la vieja ensoñación de escapar a un lugar extraño y despertarte siendo otra persona. Los viejos fantasmas que te conocen y te saludan en cuanto apareces por la puerta con las maletas llenas de ilusión.

Ellos nunca permitirán que te conviertas en alguien diferente.

Barajas-Heathrow (con algunas cosas entre medias).









AND THE GAP









Se nos murió la reina nada más poner un pie en tierra. Como una mala metáfora, un memento mori escrito en un idioma desconocido sobre la piedra cubierta de limo de la historia.

Gran confusión, un luto extraño, impostado. Nadie parecía saber que hacer con aquel exquisito cadáver. De un lado a otro del país como un regalo de mal gusto al que no encuentras sitio en las estanterías abarrotadas y sin un lugar definitivo en los libros de historia.

Coches negros, cuervos negros, riadas de gente buscando su pequeño momento. El rostro cansado del policía. Churchill aguardando paciente su turno en la cola.

Mi cámara gritaba, *haz fotos, escribe. No te pierdas nada*, insistía. Todo parecía importante, histórico.

Pero al caer la primera palada de tierra sobre el magnífico ataúd todo volvió a su lugar. Una guerra en un lugar lejano, las bolsas que tiemblan de puro gusto... otro fin del mundo que nunca llega. Nuevas noticias, viejas rencillas.

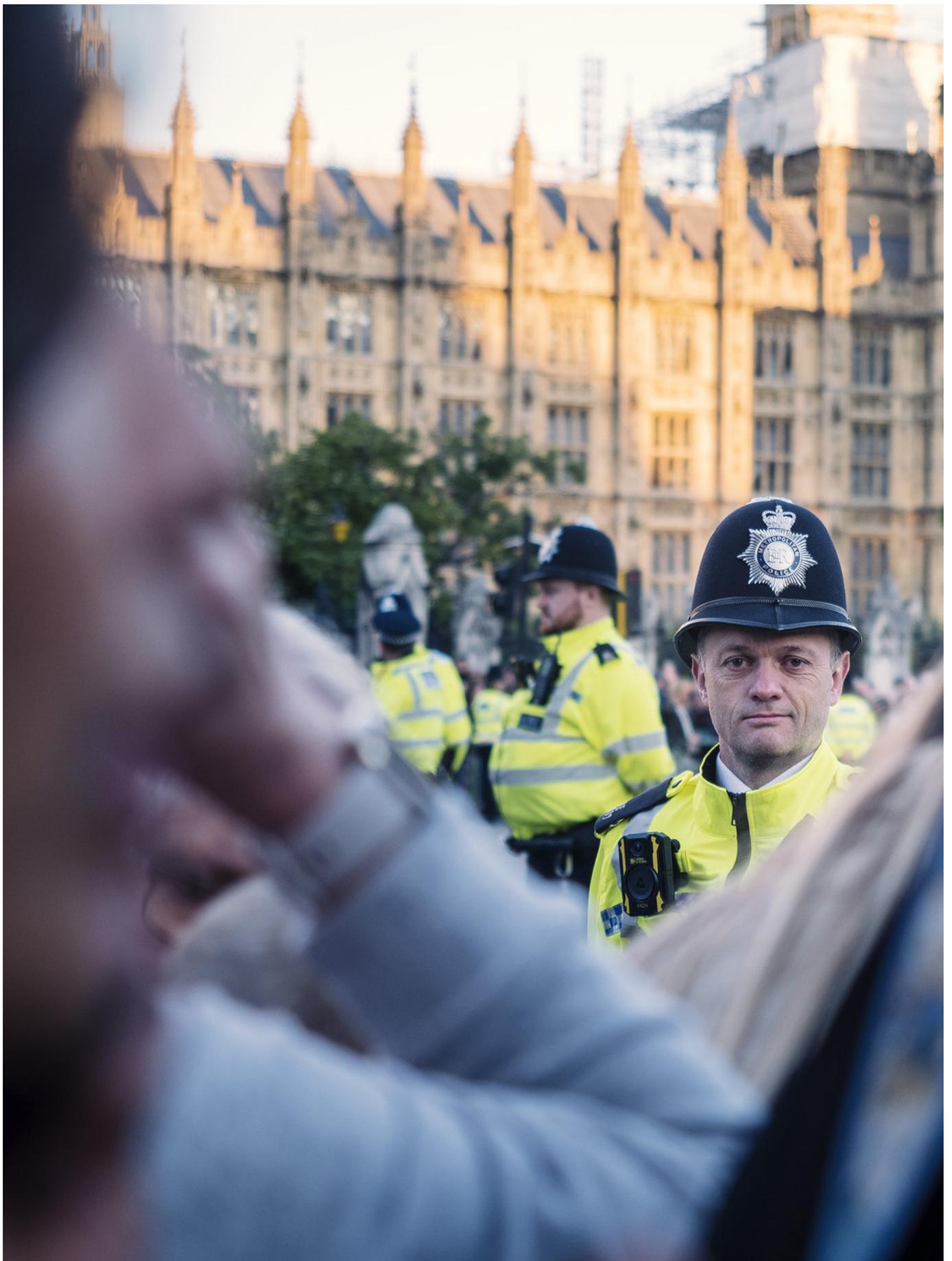
La tierra gira y con un click-clack cansado los engranajes vuelven a su lugar para empezar otra rotación, otra traslación, otro desplazarse por un universo demasiado vacío.

A lo lejos, los cuervos de la historia levantan el vuelo y buscan nuevos cadáveres más frescos sobre los que arrojar.

Sit tibi terra levis.



UN EXQUISITO CADÁVER







Homo sapiens

Homo floresiensis

Homo heidelbergensis

Homo antecessor

Homo erectus

Homo naledi

HUMANS

australopithecus sedib

# LOS CUERVOS DE LA HISTORIA

## ■ ROBUST AUSTRALOPITHECINES



a



*Australopithecus africanus*

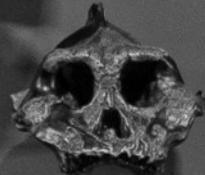
*Australopithecus afarensis*



■ *Paranthropus boisei*

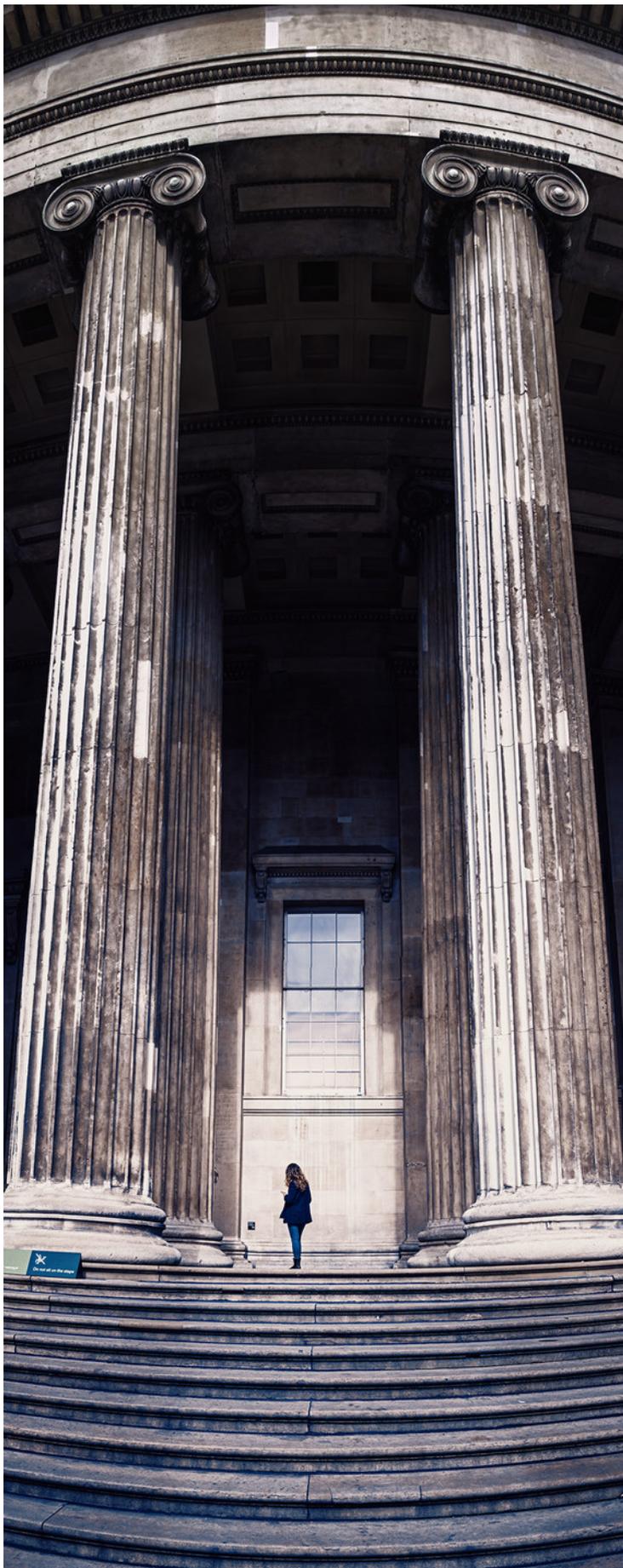


■ *Paranthropus aethiopicus*



## TRACING OUR ORIGINS

We have evolved over millions of years, through a slow and complex of change. The fossil record shows that the human family tree



Cuando vas acumulando calendarios a tus espaldas te aproximas a los libros de historia con casi tantas dudas como recelos. Te miran ansiosos, desean ser escuchados para darte su visión de los hechos – la única y verdadera- y, lo peor de todo, saben ser muy convincentes.

Eso, su fanática convicción, es lo que les convierte en unas criaturas tan peligrosas.

Otra cosa que aprendes al abrirlos es que es no conviene acercarse a ellos con las manos desnudas porque sus páginas rezuman sangre. Una sangre cobriza y vieja, casi negra, coagulada y pegajosa que lo impregna todo y de la que no te puedes desprender. Por ese motivo los libros de historia deben colocarse siempre en la parte de abajo de las estanterías, para evitar cubrir de sangre a las novelas de ficción. Lo sé, las novelas de ficción también están bañadas en sangre, es cierto, pero es una sangre de atrezzo que no deja rastro a su paso ni la extraña necesidad de enarbolar banderas con el pecho henchido cuando entras en ellas.

**El Museo Británico**, *¿una oda a la razón y el espíritu indomable de la humanidad, o un monumento al expolio?*

No sabría decirlo.

Si mis antepasados, escarbando en esa tierra ingrata y miserable sobre la que engendraban y enterraban a sus vástagos, hubiesen encontrado alguna de esas joyas que se desperdigan casi al azar por el museo no las habrían guardado en una vitrina. No, las habrían fundido para transmutarlas en algo que llevarse a la boca, o, historia verídica, habrían convertido un precioso capitel románico en la base de un abrevadero para el ganado porque, total, una piedra es una piedra y las vacas no entienden de arte.



Pero tampoco me gustan los salvadores, los que ven una “i” solitaria y corren prestos a ponerle todos los puntos encima. Ya sabéis, aquellos que deciden por ti y han concluido que eres imbécil y deben quitarte todos los objetos punzantes para evitar que te hagas daño. *No expoliamos tu arte, evitamos que lo destruyas con tu estupidez y codicia.*

Es difícil saber quién tiene razón y tampoco tengo claro si de verdad es necesario saberlo. Al final sólo es un museo, un montón de objetos que intentan explicar esa extraña locura de un puñado de simios con ínfulas que un día descubrieron que tenían pulgares oponibles y levantaron orgullosos un hacha de sílex contra el cielo.

En el fondo no es tan importante. Apenas somos un chasquido de dedos en el cómputo global del universo, no hagáis caso a los libros de historia que os digan lo contrario. Ellos miden el tiempo en siglos, el universo lo hace en millones de años y esa diferencia lo es todo, porque las cosas van perdiendo importancia conforme aumenta la distancia. Es una especie de ley inmutable que rige nuestras vidas.

Nada más entrar al museo hay unas taquillas enormes y perfectamente delimitadas con números. Son gratuitas y en ellas podemos dejar todos los objetos pesados que llevemos con nosotros, en especial el más pesado de todos: nuestros prejuicios. Así, nos será posible disfrutar de la visita sin pensar demasiado...

¿Y el resto?, el resto es historia, claro.

PRIMAVERA 23





La adivina me sostiene la cortina y señala un incómodo cojín en el suelo que flota etéreo en el triángulo de luz dibujado por la abertura. No dice nada, apenas me dedica una mirada mientras pasa a mi lado con el frufú de sus ropajes y se deja caer sobre un silla pequeña que parece tener las patas serradas.

De la tetera brota un líquido oscuro y denso que cae sobre la taza trazando espirales alquitranadas. La adivina señala impaciente a la taza que acerco hacia mis labios. Amargo, pegajoso, el líquido recorre mi garganta como buscando algo.

La adivina me arrebató la taza antes del último sorbo y posa una mano cadavérica sobre ella. Acerca su oído intentando desgranar sus secretos y finalmente la posa girando sobre la mesa.

Unas flores comienzan a brotar de la pequeña taza. Flores de un color violeta con toques de mercurio que comienzan a desparramarse de la tacita, despezándose inquietas tras un duro invierno.

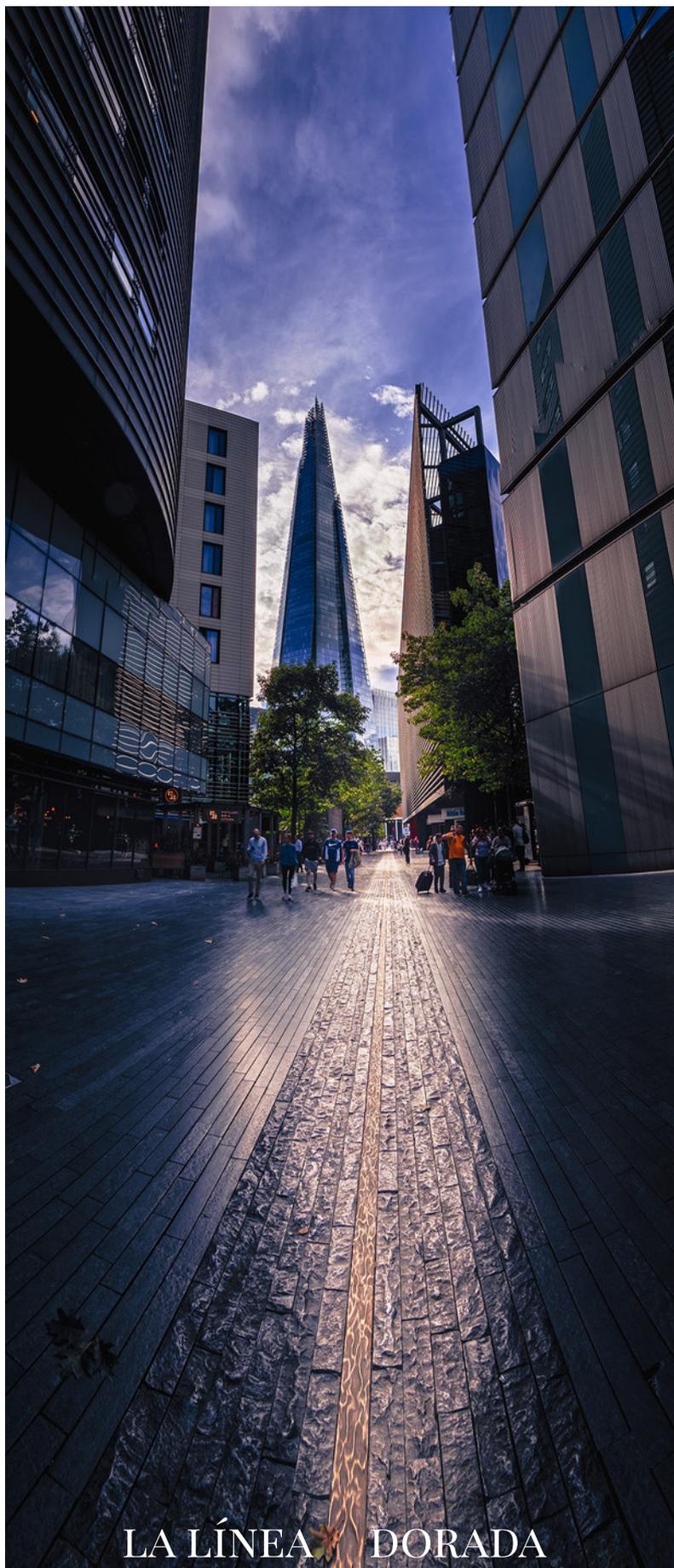
Las observo con asombro, noto un picor en mi garganta y empiezo a ser dolorosamente consciente de lo incómodo de mi postura, de las extrañas luces que decoran la tienda de campaña y de las sombras que dibujan en nuestros rostros. Miro a la adivina, ni rastro de la antigua sonrisa de superioridad en su picudo rostro. Mira con mi mismo asombro las extrañas flores desperdigadas ante nosotras como una mano ganadora sobre la mesa.

La adivina extiende uno de sus dedos, apuntando firme como un signo de exclamación hacia la puerta mientras el resto de su cuerpo parece un ente independiente que no ha dejado de mirar las flores. El dedo se mueve reclamando mi atención con un tintineo de pulseras y amuletos.

*Creo que es mejor que te vayas, dice incapaz de levantar la vista de la mesa. No vuelvas nunca,* añade y lo remata con un agónico, *por favor,* que suena casi como una súplica.

¿Es miedo eso que veo en sus ojos?





LA LÍNEA DORADA

El corazón de la “city” londinense se encuentra custodiado por un fiero dragón al que llegamos siguiendo una fina línea de oro grabada entre los adoquines de sus calles.

La “city”, la ciudad dentro de la ciudad, el gobierno en la sombra que decide y programa existencias sin presentarse nunca a las elecciones y sin un rostro reconocible más allá de ese dragón que juzga con desprecio a las oleadas de turistas que nos movemos en manada por sus aceras. Desde lo alto de su pedestal parece dudar entre devorarnos a todos o burlarse de nuestras tristes existencias como turistas low cost.

Muy pocas personas se atreven a pisar esa línea dorada. Hay una energía telúrica, una fuerza que nos repele y nos impide poner un pie sobre ella. La miramos con extrañeza y saltamos a un lado y al otro como torpes pingüinos obligados ir mirando al suelo para no romper el hechizo.

Pero esa repulsión no afecta a todo el mundo. Si caminas entre las modernas figuras catedralicias de los rascacielos a media mañana es fácil encontrarse con riadas de ejecutivos saliendo de las negras entrañas de los edificios. Trajes a medida llevados con esa soltura que da el haber nacido en el sitio correcto, relojes tan relucientes como sus sonrisas alrededor de las muñecas de jóvenes totalmente seguros del lugar que ocupan en el mundo. Ellos apenas se fijan en esa línea dorada, la magia no parece afectarles; la pisan y cruzan con alegría entregados a sus gritos, sus extraños rituales de pertenencia sellados con sonoras palmadas sobre sus espaldas.

Ellos son los que no opinan, dictan sentencias. No miran lo que no quieren ver, no escuchan lo que no quieren oír.

No hay miedo ni dudas en esas miradas vidriosas, el mundo les pertenece por algún derecho inalcanzable para el resto de nosotros. De ellos es el futuro, nuestras serán las dudas y las miserias que engendrarán.





LA BALLENA AZUL



Nada más entrar al museo te reciben los restos de un impresionante cetáceo que cuelga ingrávido del techo como si fuese una delicada bailarina deslizándose feliz entre bancos de peces y masas de plancton fluorescente.

*La ballena azul, como todos sabemos, estaba diciendo en ese momento el guía, debe su nombre al extraño color de sus huesos que emiten ese tono de azul cansado. En el caso de este ejemplar, aquí el guía se gira y abre las manos hacia el esqueleto que cuelga sobre nuestras cabezas, fue descubierto cuando las máquinas devoraban la montaña sobre la que se pretendía construir el nuevo museo y, por ese motivo, se decidió conservarlo en la misma posición y lugar en que apareció.*

El guía, con gesto teatral, baja las manos y se gira casi haciendo una reverencia hacia su entregado público. El grupo se apiña alrededor como un puñado de polluelos desamparados en busca de su madre y se pierde por una de las enormes arcadas del edificio.

Yo salgo corriendo entusiasmado para explicarle a mi acompañante todo lo que he aprendido en ese breve rato, pero cuando llego a su lado compruebo que me espera con un eterno mohín de disgusto dibujado en el rostro.

Nunca interpreto bien sus gestos. Ignoro si su malestar es por mi ausencia o, por el contrario, se debe a mi presencia, y cuanto más explicaciones invento más parece alejarse de mi lado. He organizado este viaje con la meticulosidad de un grupo de asalto anfibio desembarcando en territorio enemigo y, aún así, siento que he fallado en todo. El metro lo encontró atestado, el mercadillo de antigüedades le pareció falso y aburrido, el museo polvoriento, ¡polvoriento!.. pero, sospecho, ninguna de esas piezas habría fallado en mi ausencia.

Es mi presencia la que estropea e impregna todo con el color de la derrota. Empiezo a sentirme como una incómoda mancha de humedad en la pared.

Ella sigue ahí quieta y apoyada sobre la barandilla como una acuarela de un feliz día de verano. Con su eterno gesto de disgusto, con el vuelo de la falda movido por las corrientes de aire del vestíbulo que hacen aletear mi pobre corazón cada vez que el trozo de tela deja ver un poco más de lo que me merezco. Por encima nuestro flota el invitado silencioso, la ballena, testigo de la pequeña tragedia humana desarrollada a sus pies y que parece feliz. Feliz en su enorme inmensidad, feliz siendo una pobre marioneta sujeta por unos hilos invisibles.

Voy hacia ella, siempre voy hacia ella, y le repito lo que acabo de escuchar al guía, la construcción del edificio, el color de los huesos. Se lo cuento todo y ella me recibe en silencio sin mirarme hasta que, ansioso, pregunto, *¿qué te parece?* No puedo evitarlo, soy un indigno salvaje que entrega cuencas de colores en ofrenda a un Dios menor y ofendido. Ella sigue sin mirarme pero sonrío, ella sonrío. *Me parece*, contesta tras un largo silencio, *me parece que te lo has inventando todo*, entonces se gira hacia mí y ahora sí, ahora me mira, y añade, *de la misma forma que me has inventando a mí durante todos estos años.*

Y allí me quedé, a solas con la ballena. Dos pobres marionetas sin voluntad colgando de hilos invisibles.



UNA TARDE EN OXFORD



La última tarde del viaje la empleamos recorriendo un camino de sirga que serpenteaba prometedor alrededor de los canales de una ciudad, la de Oxford, que parecía vivir de espaldas a ellos.

Como obedientes ovinos los barcos fluviales apacentaban y se mecían al son del oleaje producido por aquel río domesticado. Abandonados en las cubiertas pequeñas pistas sobre la vida secreta de sus dueños: unas flores marchitas, una bicicleta oxidada y atada con no mucha voluntad, carteles con consignas olvidadas, banderas de países inexistentes... parecían querer reafirmar algo que al resto de las personas, tan apegadas a la tierra, nos estuviese negado conocer.

Al final de uno de esos canales me encontré con un gato que no dejaba de observarme mientras me afanaba persiguiendo con la cámara un escarabajo iridiscente. Ya casi había logrado atraparlo en el cuadrado del enfoque cuando el gato a mis espaldas dijo con una voz melosa: *“los escarabajos detectan los olores con las antenas, si los quieres cazar debes evitar el viento. Hazme caso, no se me escapa ni uno”*.

Del susto moví la cámara unos milímetros y el escarabajo, que había transmutado unas alas bajo su acorazado cuerpo, desapareció del encuadre. Al levantarme observé al gato que me miraba con una perfecta sonrisa cheshire. Vaya, le dije por continuar la conversación, *si hablas mi idioma*. El felino no pareció inmutarse y con la misma sonrisa me respondió que *sí, que lo hablaba incluso mejor que yo por lo que escuchaba*.

A pesar de lo grosero de la respuesta no parecía enfadado y me siguió contando sin venir a cuento que era profesor de literatura comparada allí, en Oxford. Ni tan siquiera me pareció una materia real, “literatura comparada”, pero preferí callarme para no ofenderle. Aunque quizás por ese motivo me entraron ganas de contarle una pequeña mentira y, cuando llego mi turno de hablar, decidí, absurda vanidad la mía, afirmar que yo era escritor y que había sido invitado a dar una conferencia en la vetusta biblioteca de la Universidad.

El minino recibió la información con cierta indiferencia, pero por el movimiento de su peludo apéndice me di cuenta que algo había llamado su atención. *Un escritor*, dijo pensativo, *es extraño, precisamente ayer estuve hablando con uno de tus colegas y de tu mismo país. Quizás os conozcáis, viene mucho por aquí, se llama Javier Marías*.

Mi naturaleza cobarde me aconsejaba no llevarle la contraria en nada de lo que dijese, pero al escuchar el nombre no pude más que sorprenderme y, calendario del móvil en la mano, intenté explicarle que era imposible, que Javier Marías había fallecido unos meses atrás. El gato recibió la noticia sin apenas inmutarse, *si supieses algo de literatura comparada*, me dijo, *sabrías que los escritores nunca mueren. Mientras alguien siga leyendo sus historias ellos continúan vivos en ellas*. Después añadió algo que parecía más una afirmación que una pregunta, *empiezo a dudar que de verdad seas escritor*.

He estado pensando en esa frase desde entonces, la he traído conmigo en el viaje de vuelta, se ha quedado a vivir en forma de nota sobre el teclado del ordenador. Parece una orden para la acción, una consigna con la que debería hacer algo. También he empezado a preguntarme si alguien salvará de la quema inevitable todas estas historias que voy acumulando en este pequeño rincón y, de paso, me concederá un poco de esa inmortalidad reservada a los escritores.

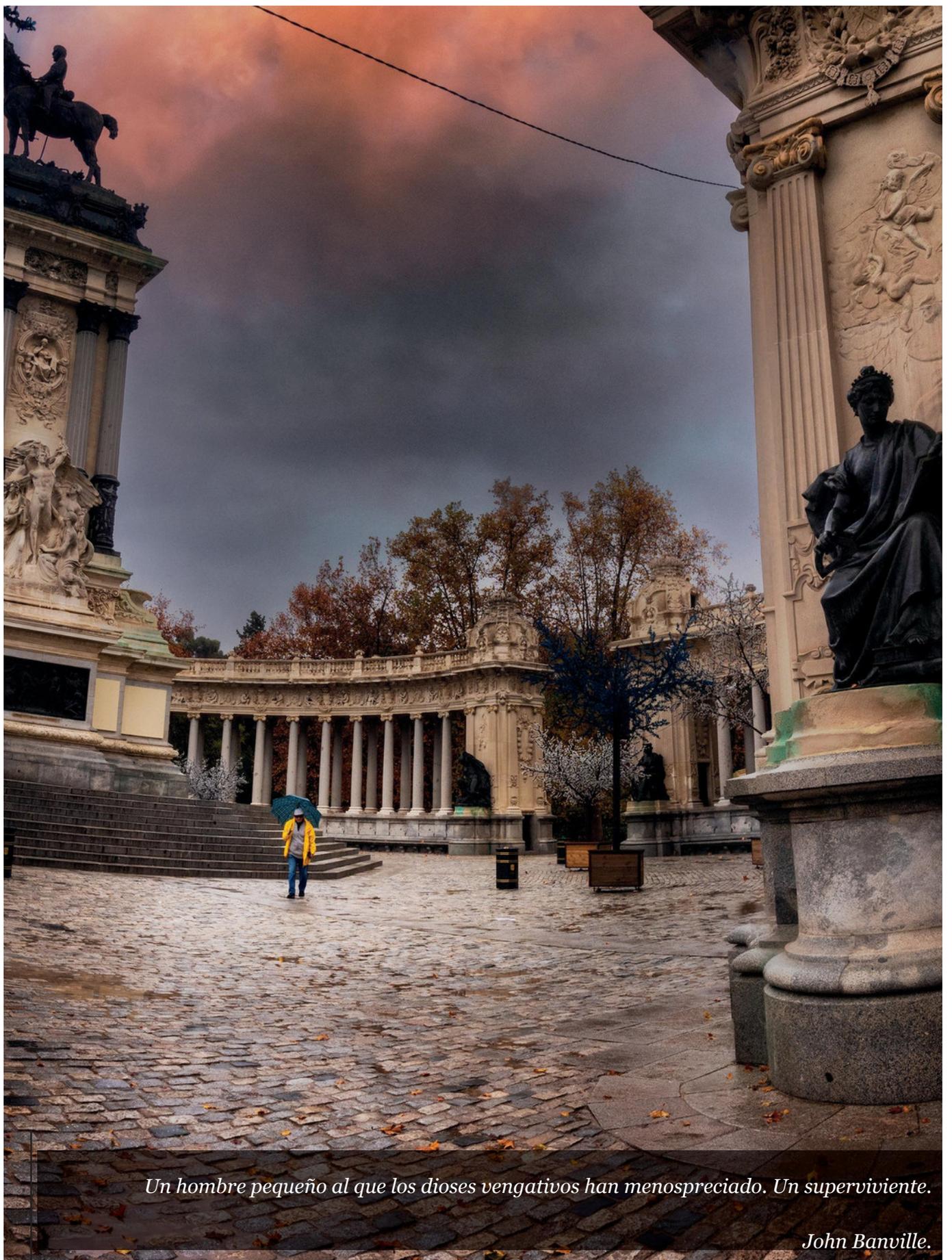
*Javier Marías falleció en Septiembre del año 2022, dos días antes de mi visita planificada a aquella ciudad en la que impartió clases durante los años ochenta. La vida, supongo, a veces se entretiene trazando esas líneas misteriosas que en el fondo no significan nada, casualidades es el nombre que les hemos puesto. Ya sabéis, un ciego lanzando unos dados trucados invisibles en una habitación a oscuras, etcétera, etcétera...*

*“Los muertos, a falta de un lugar más confortable, se quedan en la cabeza de los seres queridos”. Javier Marías.*





UN HOMBRE PEQUEÑO

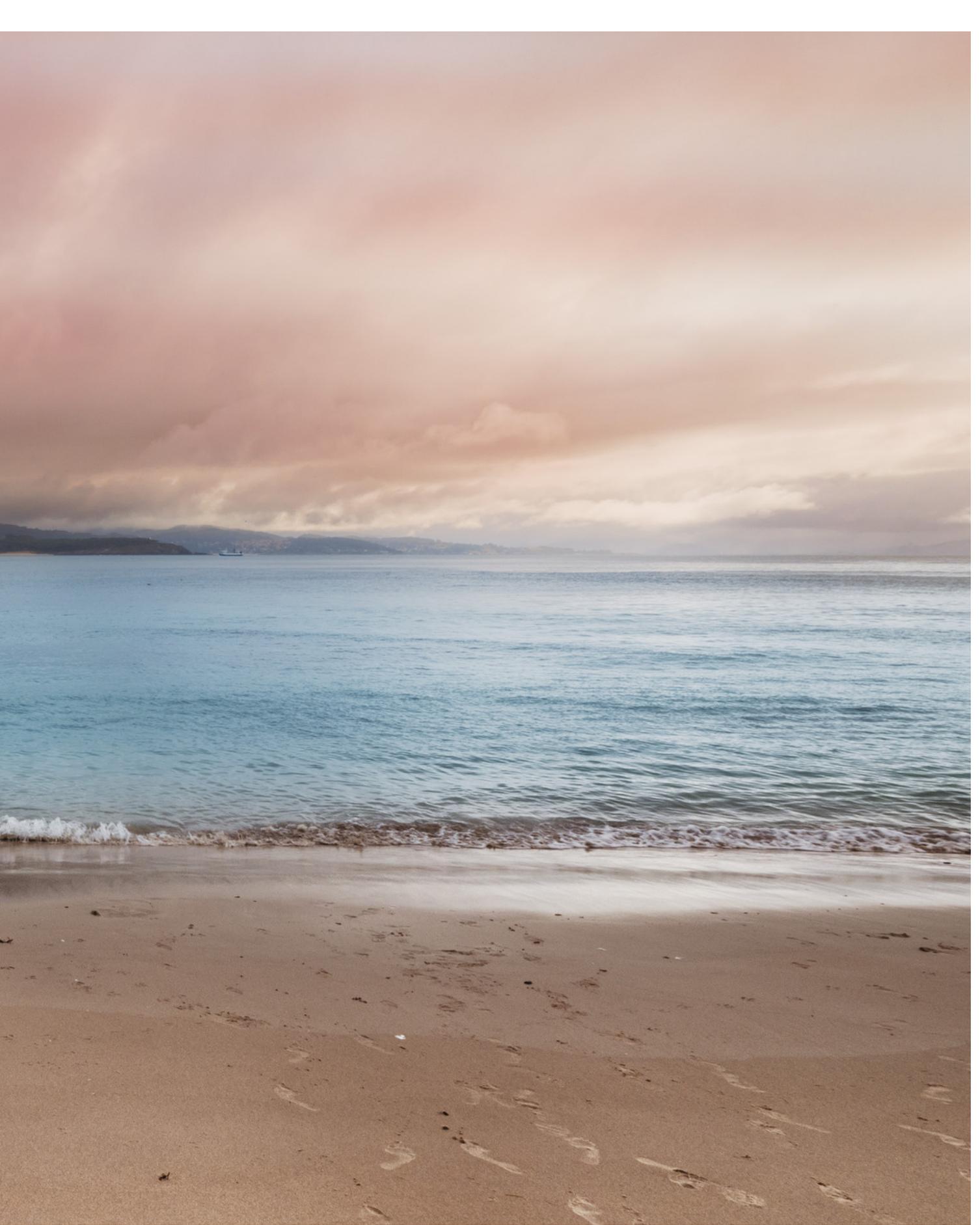


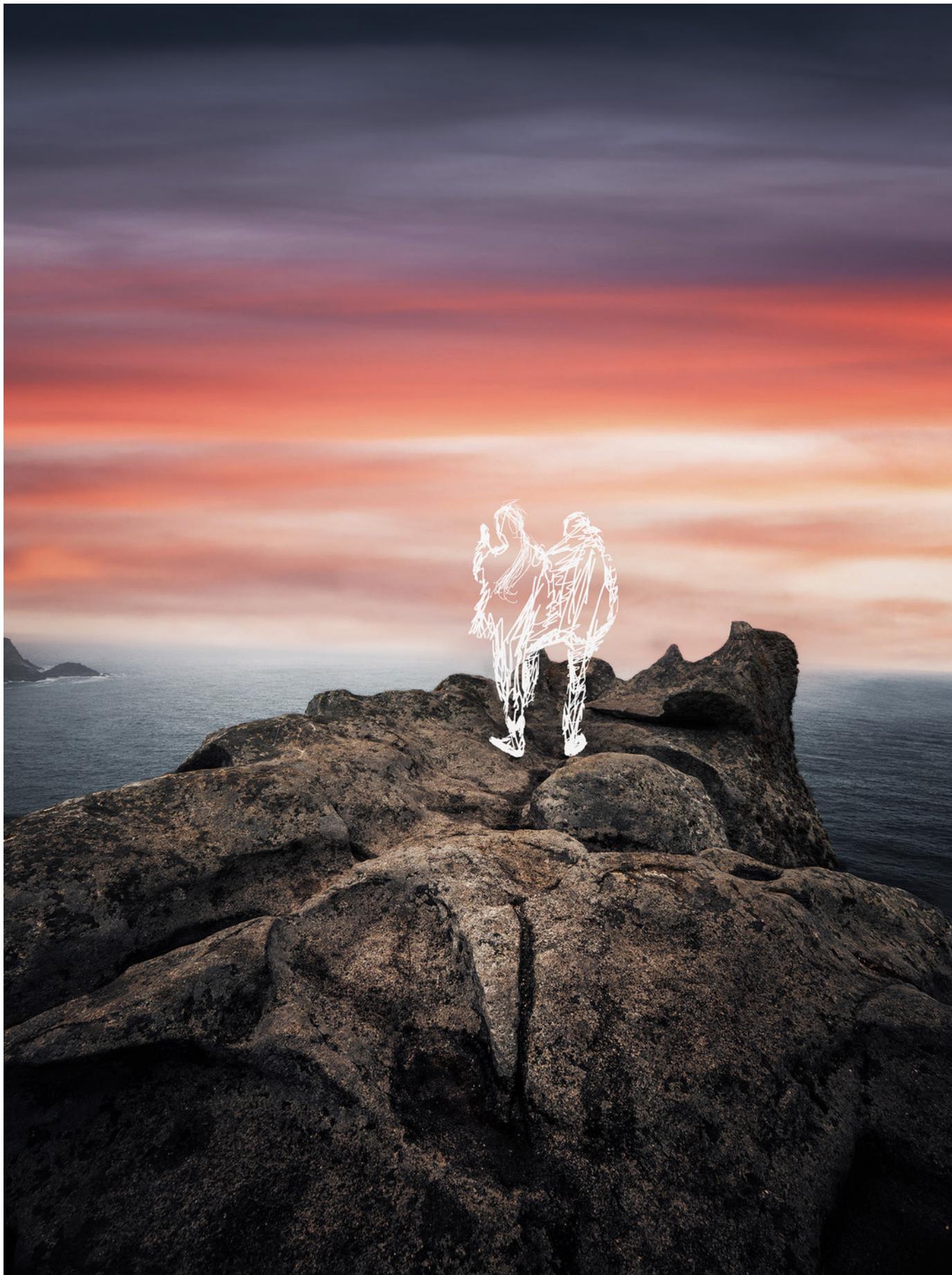
*Un hombre pequeño al que los dioses vengativos han menospreciado. Un superviviente.*

*John Banville.*



Somos bruma y olvido  
en la memoria de los vivos





A veces queremos creer con todas nuestras fuerzas que no necesitamos a nadie en nuestras vidas, que el mundo real con sus tremendas miserias y sus pírricas victorias nos aburre. En el fondo, aunque intentemos darle un toque intelectual para justificarnos, nos creemos mejores que todo eso. No necesitamos ninguno de esos hitos que los supervivientes van tachando en calendarios marcados por otros.

Nos engañamos, claro. Algo primitivo y mamífero de nuestro interior nos hace buscar con desesperación un lugar al que pertenecer, ese pequeño rincón donde encajar. Somos víctimas del eterno mito del alma gemela brillando como una luz imposible que se mece en medio de la tormenta.

La mayoría nos rendimos antes de tiempo en esa búsqueda, aún peor, nos conformamos. Nadie quiere pasar toda una vida persiguiendo algo que quizás no exista.

Recuerdo el día que nos conocimos, cómo olvidarlo. Llevabas un vestido de flores y peleabas por mantenerte encima de uno de esos patines con todas las ruedas en la misma línea. Recuerdo el vestido sembrado de flores verdes y azules, esos patines rojos que te habían prestado... pero no logro trazar las líneas de tu rostro ni dibujar una sonrisa tuya. También recuerdo que cada vez que estabas a punto de caer al suelo mi corazón parecía saltarse un par de latidos. Cómo olvidarlo.

Lo recuerdo todo, pero si pienso en ello quizás tenga que reconocer que esa no fue la primera vez que nos conocimos. Quizás ni tan siquiera llevabas patines ese día... nuestro primer viaje a Europa, una calle empedrada con pequeñas placas doradas en los portales en las que habían grabado los nombres de los deportados a los campos de concentración... el día que lloraste sin motivo ante un cuadro del Museo del Prado...

Creo que todo esas piezas que atesoramos con tanto cariño bien podrían ser una mentira agradable. Sin apenas darnos cuenta hemos ido construyendo esos breves instantes donde todo parecía encajar y después nos pasamos toda una vida intentando volver a ellos sin saber que es esa Ítaca soñada nunca existió.

Nuestros recuerdos son apenas eso, pequeños y preciados objetos que decidimos salvar de esa casa en llamas que son nuestras vidas. Pueden parecer azarosos, pero encierran una intención, un motivo para ser elegidos.

Y da igual las barricadas que levantemos porque siempre regresamos a la escena del crimen, a esa casa en llamas, a la pelea continúa por lograr bocanadas de aire en medio del naufragio... y ante la ruina inminente inventamos sin descanso estrategias para sobrevivir. Construimos quimeras en el aire e intentamos vivir en ellas fingiendo que todo es normal, pero en el fondo no hay nada normal porque sólo somos eso, pequeños mamíferos que se ahogan y no lo saben porque a ese continuo ahogarse lo han llamado vida.

Nadie nos recordará como realmente fuimos, somos bruma y olvido en la memoria de los vivos.





PRIMAVERA 23, SEGUNDA PARTE

Si algo me han enseñado tantos años entrando y saliendo de terapia es que, si pagas lo suficiente, puedes acabar escuchando cualquier cosa que te apetezca oír.

Es algo digno de verse. Vas poniendo billetes encima de la mesa y las palabras se van distorsionando hasta acabar convertidas en música celestial. ¿Quieres culpar de tus desdichas a un padre ausente?, aquí lo tienes. ¿A ese profesor que no supo ver todo tu potencial?, nada más sencillo, es la oferta del mes. Te dirán, tenemos libros, montones de libros sobre los que sustentar cualquier teoría que puedas imaginar.

Decepcionada como estaba por la última visita a mi adivina de confianza, he decidido cambiar de gremio y dejar mis problemas (en realidad su solución) en manos de un curandero. Curandero holístico, clamaba la pequeña tarjeta de visita que sujetaba entre mis manos como una ofrenda a un dios pagano. Viajero de ignotos países, maestro de olvidadas artes y capaz de poner fin al mal de amores, al aliento leonino de primera hora de la mañana y solucionador de todo tipo de problemas informáticos mediante la imposición de manos.

¿Qué podía salir mal?

Pues todo, todo podía salir mal. Lo he comprendido nada más empezar la sesión cuando he comprobado que ponía encima de la mesa el mismo juego de té que la anterior adivina. Quizás tengan descuento al comprar por catálogo o esa mística porcelana sea el catalizador necesario para vislumbrar entre las tinieblas del pasado y las dudas del futuro.

También el té. Negro, amargo como las dudas y con ese sabor bituminoso que escarba en las entrañas buscando respuestas.

¿Y las flores?

Un poco más alegres, quizás, al menos eso me parecieron. *Eso es bueno, ¿verdad?*, he preguntado como una niña deseando caer bien a sus mayores.

El adivino no se ha dignado a mirarme. Estaba demasiado ocupado moviendo con la punta de su dedo, de donde surgía como un espolón una uña afilada y amarillenta, las flores que rodaban y perdían hojas a un ritmo suicida sobre la mesa.

Después ha señalado con ese mismo dedo y esa misma uña la puerta del pequeño chiscón donde me había recibido y me ha despedido diciéndome sin ninguna entonación: *no creas que por cambiar de adivina vas a cambiar de suerte.*









Una de las cabezas siempre miente. La otra nunca dice la verdad.

Una de ellas es la que gestiona la cuenta de tu banco. La que te regala a escondidas, como si fuese el objeto más preciado del universo, un calendario corporativo al final de año. Un calendario lleno de fotos con gente feliz a la que no necesitas conocer para odiarla de una manera casi visceral. Un calendario que no quieres y que acabas por regalar a tus padres.

La otra cabeza pertenece al político al que entregarás tu voto en las próximas elecciones y que no querrá saber nada de ti hasta dentro de otros cuatro años. Cuando vuelva a necesitar tu voto para mantener en marcha un sistema en el que has dejado de creer.

Las cabezas te necesitan, no te quieren pero te necesitan. A veces lo olvidamos, ellas quieren que lo olvidemos, pero no pueden vivir sin nuestra complacencia, sin nuestro voto, sin nuestro



VOTA CERBERO

# LA PALOMA DE CHURCHILL

Es un dato a menudo olvidado en los libros de historia que Winston Churchill iba a todas partes con una paloma subida al hombro. Una paloma torcaz bastante común, de color gris plumizo y mirada malévolamente a la que alimentaba con granos de maíz que llevaba siempre en los bolsillos.

Es a esa paloma, de la que no tenemos muchos más datos, a quien le debemos la redacción de los enfervorizados discursos de sangre, dolor, lágrimas y sacrificios sin final que Churchill declamaba con perfecta dicción desde la seguridad de su búnker de hormigón y con un billete de salida al lado -por si el curso de la historia lo colocaba en el lado incorrecto y tocaba batirse en retirada-.

Disculpad mi cinismo, es una deplorable costumbre que nunca logro domesticar. Soy consciente de la importancia de Churchill en nuestra historia reciente; sin su empeño casi suicida todos, al menos todos los que hubiesen sobrevivido, habrían terminado bailando el paso de la oca al ritmo marcado por el ridículo bigote de Hitler.

Pero mi cinismo, esa pequeña fiera montaraz, me dice que sí, que es cierto, pero que haría bien en desconfiar de esos líderes y próceres de la patria pidiendo sacrificios ajenos que para ellos serán, en el peor de los escenarios, ligeras incomodidades. Ya sabéis, a ti pueden matarte un hijo, ellos quedarse sin un café decente. Tú puedes encontrarte tu casa convertida en un socavón en el que ha desaparecido toda tu familia, ellos tener que vestirse unos zapatos con un agujero en la suela.

¿Veis la diferencia? Ellos juegan a las cartas contigo pero sin explicarte las reglas.

Llegas a una habitación llena de humo y un puñado de tipos trajeados te invitan a sentarte y te entregan unas cartas que empiezan a mover a toda velocidad encima de la mesa. Entre el humo de los puros dan golpes sobre el tablero, se insultan y maldicen de forma velada mientras quitan y ponen cartas en tus manos a un ritmo imposible de seguir.

Y ganan, claro, siempre te ganan. *Es porque somos mejores que tú*, te explicarán con paciencia y palabras muy sencillas. *Somos más inteligentes, más fuertes, los orgullosos hijos de Darwin mirando sin miedo al futuro. Si lo piensas bien nos lo merecemos*, concluirán tras repartirse las ganancias y empezar otra partida. *Oh, vaya, mira esas cartas. Eres una persona muy afortunada, esta vez te ha tocado morir por la patria, el mayor honor posible. Ojalá alguna vez me cayesen unas cartas tan llenas de gloria pero, ya sabes, tengo que quedarme aquí, en mi búnker acorazado leyendo los discursos de la puñetera paloma.*

En fin, no hagáis caso a mi cinismo, ya se ha tranquilizado y ronronea feliz al lado del fuego tras su minuto de atención. Yo sólo quería hablaros de ella, de esa paloma tan injustamente olvidada... ¿el resto?, el resto es historia, la historia de los vencedores, la única que queda grabada en piedra. Para los vencidos el polvo de la huida, las tumbas sin nombre y el olvido.







LOS GUARDIANES DEL SOHO

Salvo aparición de alguna estrella invitada a última hora, la de hoy debería ser la última entrada del viaje a territorio londinense. Un viaje que ha ido apareciendo por aquí en muy diversas -y muy caóticas- etapas:

- *Barajas-Heathrow (con algunas cosas entre medias)*
- *¿quién se acordará de vosotros?*
- *un exquisito cadáver*
- *los cuervos de la historia*
- *la línea dorada*
- *la ballena azul*
- *una tarde en Oxford*
- *la paloma de Churchill*

Es la primera vez que escribo una crónica tan extensa y ha resultado una forma extraña de volver sobre mis pasos. Cuando viajo no dejo de escribir anotaciones mientras me encuentro en los coches, aviones o donde quiera que se encuentren mis posaderas en ese momento. Y las voy plasmando en cualquier lado: servilletas, recibos, folletos turísticos llenos de promesas... Sirve cualquier papel con un poco de margen en blanco y capaz de absorber la tinta, algo a lo que no todos los papeles parecen dispuestos.

Son líneas a vuela pluma, un puñado de palabras que, una vez conjuradas sobre el papel, doblo con cuidado y dejo caer al fondo de la mochila donde harán compañía a la cámara de fotos durante el resto del viaje

Dentro de la mochila las palabras se van macerando lentamente en su propia tinta, se mezclan entre ellas, se impregnan del agua de la lluvia o el mar, de las manchas de salsa o los lamparones indeterminados, pero también de las propias fotografías que custodia celosa la cámara como un dragón durmiendo en su cueva. Las fotografías son el catalizador necesario para que todo funcione.

Durante todo ese proceso las anotaciones se transforman, se subliman en algo diferente mediante un proceso de alquimia que algún día la ciencia logrará explicar.

El último paso es enfrentarse a ellas y convertirlas en una historia. Para ello, como en un truco en manos de un mago inexperto, las voy sacando de la mochila, las extiendo sobre la mesa y descubro, con no mucho asombro, que aquella anotación que me pareció brillante mirando el mar a altas horas de la noche en el fondo era una tontería. Pero que otras, que apenas eran una frase sobre una bicicleta roja o una ambulancia que cruzaba una ciudad desierta, te llevan de vuelta a un momento y un lugar exacto en el que la historia tiene sentido.

Doña memoria es muy buena guardando los detalles pero es muy celosa cuando tiene que compartirlos, por eso nunca devuelve lo que esperas. Le tiras un palo, te trae una fotografía. Tarareas una canción, aparece sonriendo con el recuerdo de un viaje a un lugar en el que nunca has estado.

El título de esta entrada estaba escrito en el folleto de una exposición junto con la descripción de la fotografía que hice en ese momento, pero sin añadir ningún otro dato. La foto descrita, el lugar y el título, nada más.



Le he dado muchas vueltas a la frase intentando averiguar su significado oculto y, al no encontrarlo, he pensado que esa sería la mejor manera de concluir el viaje: con una historia inconclusa. En el fondo eso es lo que son todos los viajes.

Gracias a todos los que me habéis acompañado.





AL TERCER DÍA

*Los gritos de las gaviotas son el alma de los marineros que no fueron sepultados en lugar consagrado.* Me dice con firmeza al poco de conocernos como si fuese una verdad inmutable que no admite discusión, una ley del universo puesta al lado de la rotación terrestre o la órbita de los planetas. *Por eso es importante encontrar los cuerpos, para poder enterrarlos donde corresponde,* añade bajando la cabeza como si buscara respuestas en la taza de café que cobija entre sus manos llenas de cicatrices.

Habían llenado la colina de cruces blancas que refulgían como piezas de delicada orfebrería entre los verdes y marrones apagados de la vegetación. En cada hueco del camino surgían hornacinas que casi siempre albergaban pequeñas estatuas de la virgen, pero que a veces se mezclaban en una extraña confusión con figuras paganas de sirenas con generosos pechos o trasgos diabólicos tallados en hueso.

Lo pagano y lo sagrado, lo divino y lo humano formaban una extraña amalgama en aquella tierra que era frontera y final del mundo conocido. Una tierra dura que no otorgaba segundas oportunidades.

Las cruces, las hornacinas, toda esa imaginería servían de faro para marcar el camino de regreso a esas almas perdidas que gritaban dentro de las gaviotas y que daban vueltas buscando un lugar sagrado donde encontrar descanso eterno.

Las gaviotas parecían ajenas a esos esfuerzos por salvarlas. Volaban indiferentes sobre nuestras cabezas y nos envolvían en sus gritos y peleas. Todos a mi alrededor se santiguaban al escucharlas y lanzaban al aire viejas oraciones. Eran aves de mal agüero, pero nadie se atrevía a tocarlas.

Cada domingo un reguero de mujeres subían cargadas con ramos de flores y rezaban a los nuevos y a los viejos dioses. Hijas, madres, novias, todas envejecidas de manera prematura rezando, no por un milagro que aquella tierra parca nunca concedía, pero al menos imploraban por un cuerpo que poder enterrar, algo con lo que llenar las tumbas recién cavadas en las afueras del pueblo.

*La mar devuelve los cuerpos a los tres días.* Sentenciaron en la taberna del pueblo y todos asintieron taciturnos. Nada más decirlo bajaron la cabeza avergonzados como si hubiesen compartido algo demasiado valioso ante un extraño que podría burlarse de sus creencias.

Las noticias se esparcieron por la costa a la velocidad de las premoniciones. Un carguero con bandera inglesa, roto por la mitad en medio de la tormenta. Apenas un juguete en las manos caprichosas de algún dios enfurecido.

Era cierto, tres días después del naufragio los cuerpos aparecían tirados en desorden a lo largo de la costa. Cuerpos rotos, deformes y aplastados como si un felino de proporciones cósmicas hubiese jugado con ellos y los hubiese abandonado con indiferencia.

Pero el mar no siempre devolvía todos los cuerpos. Algunos no aparecían nunca. *La mar decide quedárselos, me explicaron, ha visto algo especial en ellos.* Y después de decirlo se quedan todos atrapados en ese silencio espeso en el que la imaginación otorga las explicaciones. Las conversaciones tardan mucho en retomar su ruidoso ritmo tras ese tipo de confesiones.



El día después del naufragio subí con las mujeres por aquel penoso camino lleno de curvas que unía los acantilados. Empezaron sus rezos, una lenta letanía que nos recorría como una corriente eléctrica y nos hacía movernos siguiendo al unisono las oraciones. El aire salino vibraba, nuestros cuerpos transpiraban el olor del miedo, los rostros tensos como mármol recién tallado.

Nos detuvimos a poner flores en una de las cruces, alguien a mis espaldas rompe en un llanto que es casi un grito y todas las mujeres forman un círculo alrededor de la joven viuda. Al fondo, un rayo de sol se abre paso entre la niebla iluminando el faro al final del acantilado y haciendo emerger las cruces blancas de la tierra.

Las mujeres empezaron a llorar en silencio, se abrazaban y caían al suelo derrotadas con los brazos en alto.

La señal tanto tiempo esperada, la luz de vuelta a casa. Las plegarías escuchadas, a los tres días el mar entregaría los cuerpos. No habría supervivientes.





TIEMPO Y DISTANCIA

Si le damos tiempo y distancia a un físico nos calculará con fría precisión la velocidad y el punto exacto del impacto. Un filósofo nos resumirá una vida entera, la madeja de las dudas y los miedos y, ¿un fotógrafo?... bueno, un fotógrafo pondrá su mejor sonrisa y responderá que depende de la lente que utilices en ese momento.



Cuanto te acercas demasiado a algo, ese algo deja de existir, se convierte en otra cosa diferente. Quizás por eso seamos tan malos juzgando nuestras existencias: estamos demasiado cerca, hemos perdido la necesaria perspectiva, la capacidad de vernos “desde el exterior”.

De la misma forma, demasiadas veces destruimos lo que amamos al intentar acercarnos demasiado. Hay cosas que no resisten nuestra presencia, nuestro escrutinio hueco, nuestro deseo constante de que todo sea de otra forma.





Tiempo y distancia, los elementos del futuro. El mundo de infinitas posibilidades que vamos cercenando, reduciendo a la nada según nos acercamos a ellas. Cada vez que elegimos unas del brillante ramillete de eventualidades que nos ofrecieron al nacer mientras desechamos y arrojamos a otras a morir en la cuneta.

Algunas de esas posibilidades acaban convertidas en certezas, diamantinas realidades, otras en la nada, y en esa nada parecen perfectas porque nunca llegaron a producirse. No hay nada más perfecto que lo imaginado.





Las decisiones son sencillas de tomar cuando no tienes miedo a las consecuencias pero, ¿a quién no le aterra contemplar aquello en lo que te has convertido?







EL ESPÍRITU DEL BOSQUE

El espíritu del bosque es un corderito que bala inconsolable mientras huye entre árboles en llamas.

No siempre ha sido esa criatura indefensa. En el principio de los tiempos, antes de la llegada de la raza de los hombres, recorría sus dominios convertido en un toro de color negro. Una bestia enorme, fuerte y terrorífica que aceptaba y hacía cumplir las inexorables y sagradas leyes de la naturaleza. El camino de la vida hacia el inevitable final, los cambios de las estaciones... un sistema equilibrado y justo que todos los animales aceptaban.

Esa armonía se vino abajo con la aparición de una nueva raza, los humanos. Tan desnudos, tan indefensos y dignos de lástima que nadie los consideró nunca una amenaza. Pero eran hábiles, eran crueles y no aceptaban las leyes naturales. Ellos deseaban imponer su propio orden y lo lograron poco a poco porque nunca se daban por vencidos. Eso es algo que los habitantes del bosque comprendieron enseguida.

Que nunca se rendían.

En el norte de todos sus actos reinaba una ciega determinación, una especie de ira, de fuerza interior que les impedía retroceder. Profetas de la destrucción, abanderados de la muerte por el simple placer de arrebatar una vida, de poseer algo hasta extinguirlo.

El poder del espíritu del bosque, podía sentirlo en lo más hondo de sus entrañas, había ido menguando con cada paso de las estaciones ante aquella nueva raza que arrasaba todo a su paso. Morían y renacían en cantidades absurdas como una infinita serpiente uróboro ocupando cada vez más territorio, exigiendo tributos en nombre de unos nuevos dioses ajenos a las leyes de la naturaleza.

La tierra, que en tiempos sanaba sus heridas, estaba contaminada, el aire corrupto anegaba sus pulmones. Cada vez más débil hasta que su poder desapareció por completo y despertó convertido en esa estúpida criatura que no dejaba de gritar y llorar aterrada. No pudo ordenar sus ideas ni analizar lo que había ocurrido, el miedo gobernaba sus débiles extremidades y un único pensamiento recorría electrificando todo su cuerpo con una única orden, casi, casi, una súplica.

¡Corre!

El fuego lo devora todo a su alrededor, las ramas de los árboles en llamas como brazos levantados suplicando clemencia, sus patitas temblando convertidas en débiles resortes de un reloj estropeado. Corre sin rumbo, salta sobre el río lleno de peces muertos que flotan mostrando sus plateadas tripas y se adentra en el corazón del bosque. Un lugar sin apenas luz donde se enreda en arbustos y ramas de árboles que ya eran viejos cuando él pisó aquellas tierras por primera vez.

Ahí estará a salvo pero no sabe hasta cuando. Su tiempo se ha terminado, no hay después, es el fin de los viejos dioses, del antiguo orden. Esa nueva raza irá haciendo cada vez más pequeño su mundo hasta hacerlo desaparecer, hasta que no sea más que leyendas y tradiciones contadas por los ancianos a la luz de las hogueras ante unos ojos asombrados que dudarán de todo lo que escuchan.



UN PUERTA A UN LUGAR MEJOR



Sigo volviendo al mar y sigo fascinándome con el simple acto de pararme a su lado y hacer fotos mientras siento esa tranquila presencia que late constante a mi lado.

Observo el mar como quien espera algo. Como si una vez, siendo niño, hubiese contemplado salir de sus entrañas una extraña y benevolente criatura que me hizo entrega de un preciado don y ahora, ya un adulto y con ese don desaparecido, espere una y otra vez que se repita el viejo truco de magia.

Quizás la explicación a esa fascinación se deba al haber nacido en una ciudad sin mar. Siempre valoramos más las ausencias, el hueco entre los dientes que no podemos dejar de hurgar hasta hacernos sangrar.

El mar funciona como una puerta que siempre me lleva a un lugar mejor, más feliz. Hay algo en su su ronca respiración, en su manera de estar que me reconforta... y me limpia.

Esta vez me he alejado un poco de la orilla, hasta las afueras del puerto donde encontré algunos barcos fuera de su elemento.

Extraños y varados como esqueletos de tiempos pasados. Estructuras incomprensibles y totalmente inútiles al haber perdido su misión esperaban el olvido definitivo tirados en esa extensión de cemento. Juguetes arrojados sobre la alfombra por un dios caprichoso y cruel, he anotado en el cuaderno.

¿Un recordatorio del cambio climático que seca una esquina del planeta y anega la contraria?, ¿del paso del tiempo?

La mar nunca se hace esas preguntas, es una criatura anclada al presente, sin pasado y sin futuro. Ahí seguirá cuando ya no quede nadie para hacer fotografías y no le importará nuestra ausencia porque ni tan siquiera habrá sabido de nuestra existencia.







UNA INMENSA SUERTE

El niño tiene la inmensa suerte de vivir en un edificio galardonado con numerosos premios de arquitectura, algunos de ellos a nivel mundial. Al menos eso afirma con orgullo la placa de bronce ubicada en una de las columnas a la entrada.

Las placas de bronce, ya se sabe, son incapaces de mentir.

Es algo que su madre recuerda casi a diario, *no sabes la suerte que tienes*, afirma mientras aparca en doble fila el enorme coche familiar ante la entrada del colegio, *no sabes la suerte que tienes de vivir en un edificio así de importante*. Cada vez que repite esa frase asiente ligeramente con la cabeza como intentando reafirmar la veracidad de sus palabras. Una vez dicha la frase, siempre el mismo ritual, comprueba su aspecto en el espejo retrovisor y se gira en el asiento del conductor para dar un beso al niño que es casi una caricia llena de aire, sin apenas contacto. No quiere estropear con un beso el maquillaje aplicado con tanta dedicación y que encaja perfectamente con la ropa elegida, con el peinado... con la imagen que quiere dar ante un mundo que siempre imagina pendiente de todos sus actos, como un crítico cinematográfico obsesionado con la nueva estrella de la pantalla.

Desde la ventana del edificio galardonado sus padres le dijeron una vez que esa superficie plateada e iridiscente que se veía al fondo era el mar, un océano infinito lleno de arena y agua. Pero el niño, tras muchos cálculos y pruebas en el ordenador, empezaba a sospechar que esa superficie brillante eran los centenares de coches que pacían dócilmente en el enorme aparcamiento del centro comercial. El mismo donde el niño y sus padres pasan las tardes de los fines de semana sin otro propósito que el de pasear, ver cosas y quejarse del mundo en general arrullados por la dulce megafonía de los altavoces.

No era la primera vez que los padres mentían al niño, pero ese falso mar será lo que siempre recordará como la primera mentira. La más dolorosa, presente siempre entre sus recuerdos más felices como una esquirla de dolor que trae de la mano, como una lenta procesión de difuntos, el resto de pequeñas y grandes mentiras que han rodeado su vida.

La vida, el niño pronto lo comprenderá, nos modela a través de los golpes recibidos, los grandes golpes, los que puedes cartografiar en un lugar y una hora precisos y que te cambian de forma abrupta pero, por encima de todo, son los pequeños golpes los que nos transforman, los que apenas se hacen notar pero cambian algo en tu interior. Abren una grieta, una ligera fisura por la que parece escaparse el amor, el talento, los ideales, todas esas cosas de las que somos ricos siendo niños y que, una vez perdidas, te acaban convirtiendo en ese adulto resentido y taciturno dueño de una especie de falsa sabiduría que nunca lleva a la felicidad.

El niño, convertido ya en un hombre, se asoma a la ventana de su pequeño apartamento de la periferia y recibe vaharadas de calor llegando desde el asfalto aún caliente. Si cierra los ojos, si deja de pensar, cree soñar por un momento que el murmullo de los coches es el sordo latido del mar.

Se acuerda entonces de ellos, de sus padres y de aquel edificio del que tan orgullosos se sentían. Todos convertidos ya en fantasmas, todo parte de ese derribo constante que es la vida, dan igual los premios, no importan los galardones, todo desemboca en el mismo mar que nos ahoga con indiferencia.



El cura del pueblo tenía la sotana muy negra y las manos muy largas, todos los vecinos lo sabían. Por eso, cuando el párroco exigió un monaguillo para que le ayudara a repicar las campanas que anunciaban misa, los parroquianos lo tuvieron muy claro y buscaron un gato que ayudase en tan mirífica tarea.

Bimba era su nombre, pues de una gata se trataba, y todos aseguraban que nunca sonaron más alegres las campanas en el pueblo.

Cuando el alma del cura fue a reunirse con quien le esperase al otro lado de sus oraciones, los vecinos no duraron ni por un momento y decidieron que las próximas misas serían oficiadas por otro felino, de nombre bombón y sexo indeterminado.



El cielo del que hablaba en sus homilías era un campo de amapolas infinito en el que no habría ni vencedores ni vencidos. Un lugar sin tiempo ni memoria, sin paraíso, cielos ni infiernos.

Al final del camino a cada uno le esperaba lo que hubiese llevado en su interior, nada más. Porque ninguna criatura puede aprender lo que no cabe en la forma de su corazón.





LA VIDA TE DA METÁFORAS

El paseo hasta el malecón que cerraba nuestros días y donde nos esperaban la brisa del mar, el sonido de los niños burbujeantes y felices tras una jornada llena de aventuras... recuerdo esos pequeños instantes sobre los que erigimos el armazón de nuestras vidas. Los gestos, los rituales, las cosas sencillas que hacemos sin pesar, esas a las que apenas damos importancia... sobre eso se sustentan nuestras existencias.

Qué frágil es todo, que pronto se apaga la luz que nos hace especiales.

Nos gustaba llegar hasta el final del paseo y encontrarnos al faro encendido. Moviendo su fea cabezota hacia un lado y el contrario intentando encontrar la grieta que llenase de luz esa inmensa superficie alquitranada que era el mar.

Lo veíamos en silencio sintiendo el frío del norte empujarnos hacia el agua, sobre nuestras cabezas los pájaros que volvían cansados de su búsqueda, las nubes de acuarela... Todo parecía real, pero todo parecía trozos de otros recuerdos. Esos momentos intemporales que parecen contener la esencia de lo que somos.

Contemplábamos todo aquello en silencio porque ya entonces nos habíamos quedado sin palabras, estábamos mudos y exhaustos. Habíamos cruzado una jungla, habíamos luchado contra feroces criaturas y sobrevivimos, sí, lo hicimos. Pero al salir de la selva cada uno lo hizo por un lado diferente, la sombra de la traición, y descubrimos que éramos dos extraños sin nada que decirse.

Es difícil seguir creyendo en algo cuando no tienes palabras para describirlo.

A la mañana siguiente te ayude a bajar la maleta con los restos de tus pertenencias. Arriba, en el salón, quedaba una extraña pirámide de objetos sin dueño que no queríamos en nuestras nuevas vidas y con los que me tocaría lidiar.

*Supongo que eso es todo*, dijiste cerrando de un portazo el maletero del coche que sonó como el punto final de cualquier cosa que hubiésemos podido construir juntos. No dije nada, no había nada que decir. Ya te habías marchado de allí, de mi vida, de lo poco que pudimos salvar del saqueo del tiempo y la memoria.

Hace una semana leí en el periódico local que el ayuntamiento apagaba el faro de manera definitiva. En el fondo no servía para nada y era mucho gasto, afirmaban las acusadoras letras negras. Aquella linterna mágica que era capaz de iluminar el mar era otro trasto más de la pirámide de objetos sin dueño.

Sí, ahí siguen, en el fondo de un armario. No tuve valor para deshacerme de ellos.

He vuelto al malecón y ahora sólo hay oscuridad.

Cuando te quedas sin palabras la vida te envía metáforas.



PROTECCIÓN DE DATOS PERSONALES  
Responsable y atención de derechos:  
POLICIA MUNICIPAL DE MADRID  
Mas información:  
www.madrid.es/policia

**ZONA CONTROLADA POR  
CÁMARAS DE VIGILANCIA**



ENKINGS

www.madrid.es/policia



EGAPOS

NSN

Handwritten graffiti in a stylized, cursive script, possibly reading "S...".





Los libros funcionan como una llave que abre paso a partes desconocidas de nuestro yo más profundo. Un lugar sin mapas de nuestro interior que ni tan siquiera reconoceríamos ante el espejo.

Pero esas llaves no funcionan siempre porque la cerradura que abren no permanece. Cambia, muta, se transforma en algo diferente según nos vamos convirtiendo en adultos que cargan con el peso de sus decisiones.

Un libro que llega en el momento adecuado a tu vida es casi magia, lo transforma todo. Es como resolver un problema matemático, como escuchar un sí tras días de angustiada espera... como la última pieza de un rompecabezas que giras extasiado entre las manos.

Un mundo feliz y 1984 provocaron ese tipo de efecto en mi bisoña cabeza. Llegaron a mi vida cuando mi mapa del mundo era un puñado de piezas inconexas y esos dos libros me dieron un borrador, una idea, una brújula que no funcionaba del todo bien pero que marcaba algo parecido a un rumbo.

De ellos me quedó un sano escepticismo hacia todas las formas de poder y una urticaria hacia cualquier cosa envuelta en un uniforme o una bandera.

Son dos libros que parecen venir siempre juntos, para mí son casi una continuación uno del otro. He conocido incluso mucha gente que confunde los argumentos y las situaciones pero son, sin embargo, dos tipos de criaturas muy diferentes.

En *1984* el ciudadano aspira a ser libre y conocer la verdad, la verdad como un absoluto que no admite negociación. Para evitarlo el estado debe poner en marcha toda una maquinaria de represión y levantar un decorado enorme que logre tapar la realidad, llegando a extremos ridículos para lograrlo. *Recuerden, Oceanía nunca ha estado en guerra con Eurasia.*

La sociedad de *un mundo feliz* se encuentra compuesta por un puñado de criaturas adocenadas que saben perfectamente que son engañadas constantemente pero a las que eso no les preocupa lo más mínimo. Es más, prefieren ser engañadas mientras el soma, la droga que se distribuye de manera gratuita, no deje de fluir.

En esa sociedad tan aparentemente feliz es inevitable que surja algún tipo de disidencia, pero la represión no es brutal, son los propios ciudadanos los que se encargan de convertir en invisibles a esas pocas piezas que no encajan. Aislamiento social, la hoguera de las sociedades modernas.

Es fácil adivinar cual de las dos distopías acabaría teniendo razón. Orwell no pudo adivinar que llevaríamos un Gran Hermano en nuestros bolsillos de manera voluntaria. Imposible intuir la facilidad con la que entregaríamos nuestros datos personales, la falta de debate, de crítica, con la que lo aceptamos todo como dogmas inapelables que deben asumirse en una sociedad en la que el único fin es consumir hasta ser consumidos.

No hemos necesitado ser reprimidos, hemos inmolado nuestra libertad en el altar de la comodidad y la seguridad. Sordos y ciegos de manera voluntaria, hemos construido una cárcel que llenamos de cosas agradables y después tiramos la llave para no tener que volver a pensar en nada.

Madrid se ha llenado de cámaras de vigilancia. Han brotado como champiñones con las últimas lluvias en forma de terrorismo y delincuencia. También hay más policías, pero ya no llevan esos incómodos uniformes que les hacían parecer conserjes de algún vetusto edificio público. Ahora son más altos, más guapos, llevan equipos cada vez más parecidos a los militares y no parecen nada amables ni serviciales. Por suerte llevan esos uniformes y así es sencillo diferenciarlos de los delincuentes de los que dicen protegernos.

¡Libertad o seguridad!, rebuznaron los políticos. Levantamos nuestros ojos vidriosos del teclado y, desorientados por la última dosis de soma recibida, tomamos una decisión. Elegimos, claro que lo hicimos, porque incluso al no decidir estábamos tomando una decisión.



DIOSES MENORES



Cada vez que elevo la vista un gato me observa en silencio. Lo hacen con algo a medio camino entre la diversión pintada en los ojos y la curiosidad vibrando en cada filamento de sus bigotes.

Es la sonrisa de un dioscecillo menor que contempla entretenido las idas y venidas de unas extrañas criaturas a las que ha visto evolucionar desde sus orígenes y a las que no ha llegado a comprender aún del todo.

Cuando vuelvo la cámara hacia ellos rara vez huyen. Al contrario, ladean la cabeza y abren mucho los ojos sorprendidos de encontrarse ante el extraño cíclope en que me he convertido al poner el ojo sobre el visor.

Los dioscecillos menores saben que toda lente pegada a una cámara abre un puente a otros universos.

Ellos sabían viajar entre esos universos hace eones, cuando el mundo aún era joven y todo era nuevo, pero en algún momento olvidaron como hacerlo. En apenas un latido el conocimiento que había pasado entre generaciones desapareció como desaparece todo lo que damos por sentado.

Cuando un gato se queda totalmente estático contemplando extasiado un rayo de luz o el errático vuelo de una mosca, significa que en ese momento se encuentra viajando por el millón de universos y realidades alternativas que nos rodean.

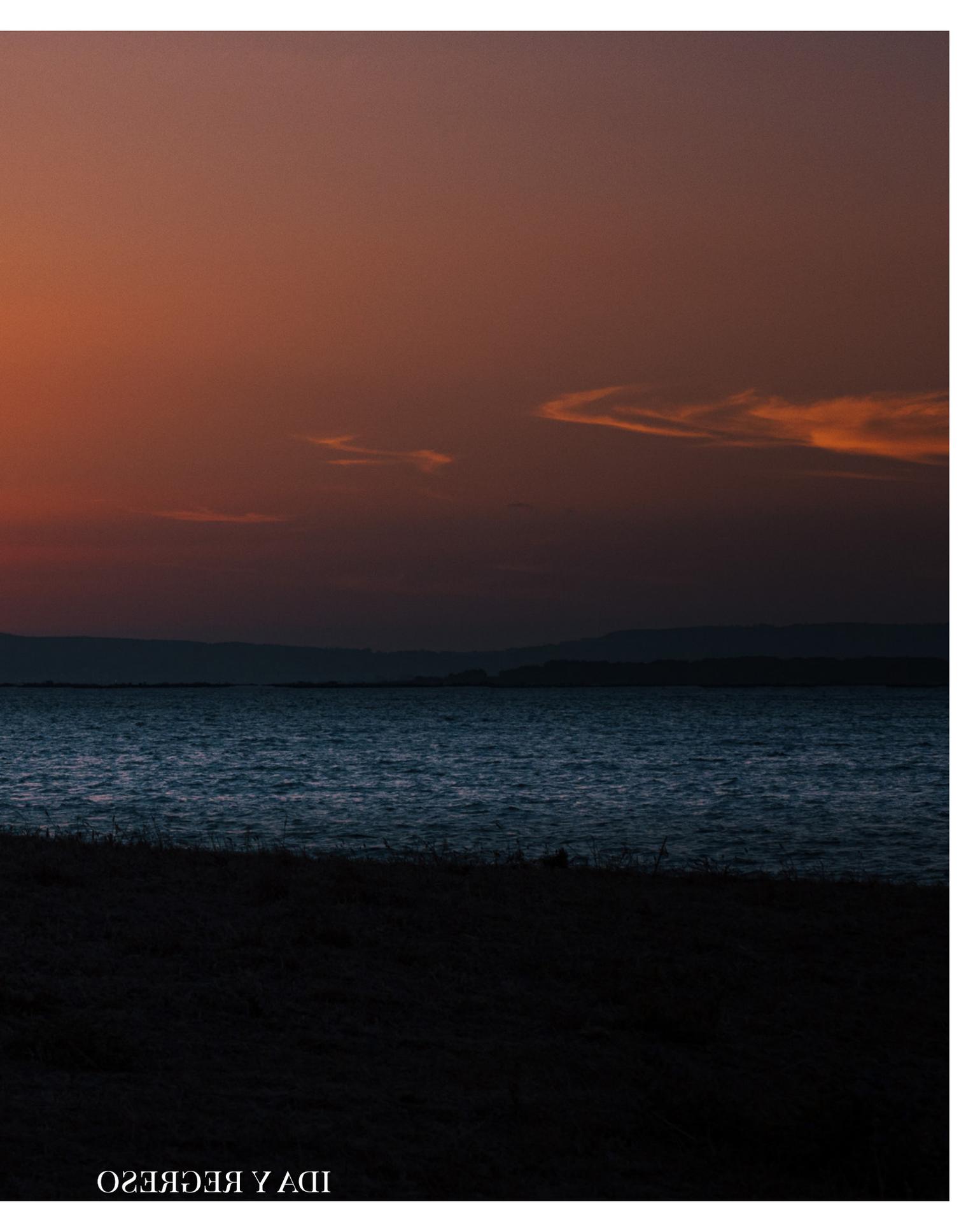
Para su desgracia nunca llegan a controlar por completo la dirección y sólo logran viajar con la mente. Un poder incompleto, limitados a un estrecho horizonte de eventos, pegados sin gloria a ras de suelo. Sintiéndose siempre a punto de despegar pero volviendo cada vez al mismo universo compartido con esas extrañas criaturas que desconocen la magia que atesoran entre sus manos.







IDA Y REGRESO



IDA Y REGRESO



El camino de ida puede acabar convertido en el de regreso. La vida circular, la serpiente uróboros que nunca termina de devorarse. Qué sorpresa estar en este mundo, qué extraña cadena de casualidades, tu vida, mi vida... de tu vida a la mía.

La silueta de tu cuerpo recortada contra el horizonte, el cabello de medusa peleando contra el viento mientras caminabas encerrada en ese mutismo impermeable tuyo en el que guardabas todas las decisiones.

Al otro lado te esperaba yo como un reo aguarda su destino en boca del juez que conoce todos mis pecados. Las cartas puestas en orden sobre la mesa. No, no sólo mis cartas: todo lo que soy extendido como una última ofrenda a los pies del volcán. Ahí estaba todo: cuatro años desde mi huida, unos doscientos cafés aceptables, entradas para cincuenta conciertos, casi cien libros, el viaje que nunca hice, tres trabajos, el “siquiero” que no llego a producirse, un puñado de fotografías... el peso de los días.

Ahí estaba todo, a tus pies. No más mentiras, no más excusas.

*Tengo que pensar*, fueron tus palabras. Y te levantaste majestuosa y digna, plenamente consciente de ti misma.

Caminaste hasta un extremo de la playa y pensé que no volverías, desaparecida tras la duna sin más explicaciones. Mi corazón se saltó un par de latidos pero te vi volver hasta el otro extremo y entonces hice lo que hago siempre: una fotografía. No me juzguéis con dureza, nos defendemos con las armas que tenemos, aunque sean las armas de los perdedores, y mi única arma es la pobre cámara que arrastro a todas partes. La guardiana insobornable de mis desvelos, la diosa Minerva que custodia el laberinto en el que se esconde todo lo que no quiero ser.

A eso se reduce todo, a levantar barricadas con lo poco que somos, ¿qué otra cosa podemos hacer? Sospecho que tenía razón Bolaño, ¿era Bolaño?, sólo sobreviven los inventores.

Te vi volver, una silueta recortada contra la última luz del día, el destino en tus manos. Un extraño alivio en mi interior, todo en manos de un dios, vengativo o benevolente, no importa, en otras manos.

Regresas con la decisión tomada, lo veo en tus ojos... ¿es eso es una sonrisa?



En las iglesias erigidas al Dios del capital han situado un reloj en el centro del altar. Son relojes sencillos sin ornamentos de plata ni oro. Sólo un plástico barato y dos pilas alimentando su negro corazón

Sirven de recordatorio, esa es su única misión, no son una invitación al recogimiento o la oración. El tiempo es dinero, cantan las manecillas, cada minuto que pasas aquí es un minuto en el que no consumes, en el que no produces... en el que no eres nadie.

Sus acólitos visten trajes grises y hablan todo el rato con siglas en inglés que sólo entienden los iniciados. Sus ojos son dos ascuas apagadas en lo más profundo del cráneo que sólo brillan con el fuego de tiempos pasados cuando hablan de beneficios, de retornos de inversión... de toda la magia de trileros que llevan demasiado tiempo fijando las reglas del juego.

Si te acercas demasiado a ellos los trajes se mostrarán sucios y gastados, sus sonrisas de vencedores pura desesperación, esos rostros risueños nada más que maquillaje. Por eso los elegidos sólo se muestran en la distancia, nadie puede acercarse a ellos. Es la única forma de poder seguir creyendo en la magia.

Ellos no reparten el pan ni se dan la paz, comparten enemigos porque es el odio los que les une. Cuando hayan acabado con sus enemigos, se destrozarán entre ellos. Es lo único que saben hacer

Su doctrina es simple: saben que cada paso que dan, cada decisión que toman en los consejos de administración, condena a la civilización a su inevitable final. Pero afirman que todo irá bien, que la salvación será suya si por un breve instante logran dar dos décimas más de beneficio a sus accionistas antes de la junta anual.

La vida es un lento proceso de rendición en el que vas entregando cada vez más territorio a un enemigo al que nunca llegas a ver el rostro. Al final acabas en una soledad raramente buscada, peleando contra fantasmas y defendiendo una bandera raída en la que en el fondo nunca creíste, o en la que creíste sin la verdadera fe de los valientes.

Cada cual tiene su bandera, las elegimos o nos eligen, no importa. En mi caso esa bandera tendría un fondo negro y una "A" pintada en color rojo sangre.

Sigo escribiendo casi las mismas cosas desde hace décadas, aunque ahora las acompaño de fotos que intento que me rediman de todo pero que no explican nada. No hay día que no quiera quemarlo todo, golpearme contra una pared sólo para ver si aún puedo sentir algo. Contemplo mi menguante agenda del móvil, la casi completa ausencia de llamadas o de planes... y sé que he fallado, que no he logrado encajar, que lo entendí todo al revés.

Encajar, el juego infantil de anillas en que cada pieza tiene un lugar asignado. Mueves el juguete con tus torpes manos, luchas contra el caos y ante tus ojos se abre un final de indescriptible belleza: cada cosa en su sitio, sin margen de error.

Encajar, el viejo mantra de nuestro mayores, encuentra tu lugar, la manada, el refugio. Nadie sobrevive mucho tiempo en soledad ahí fuera.

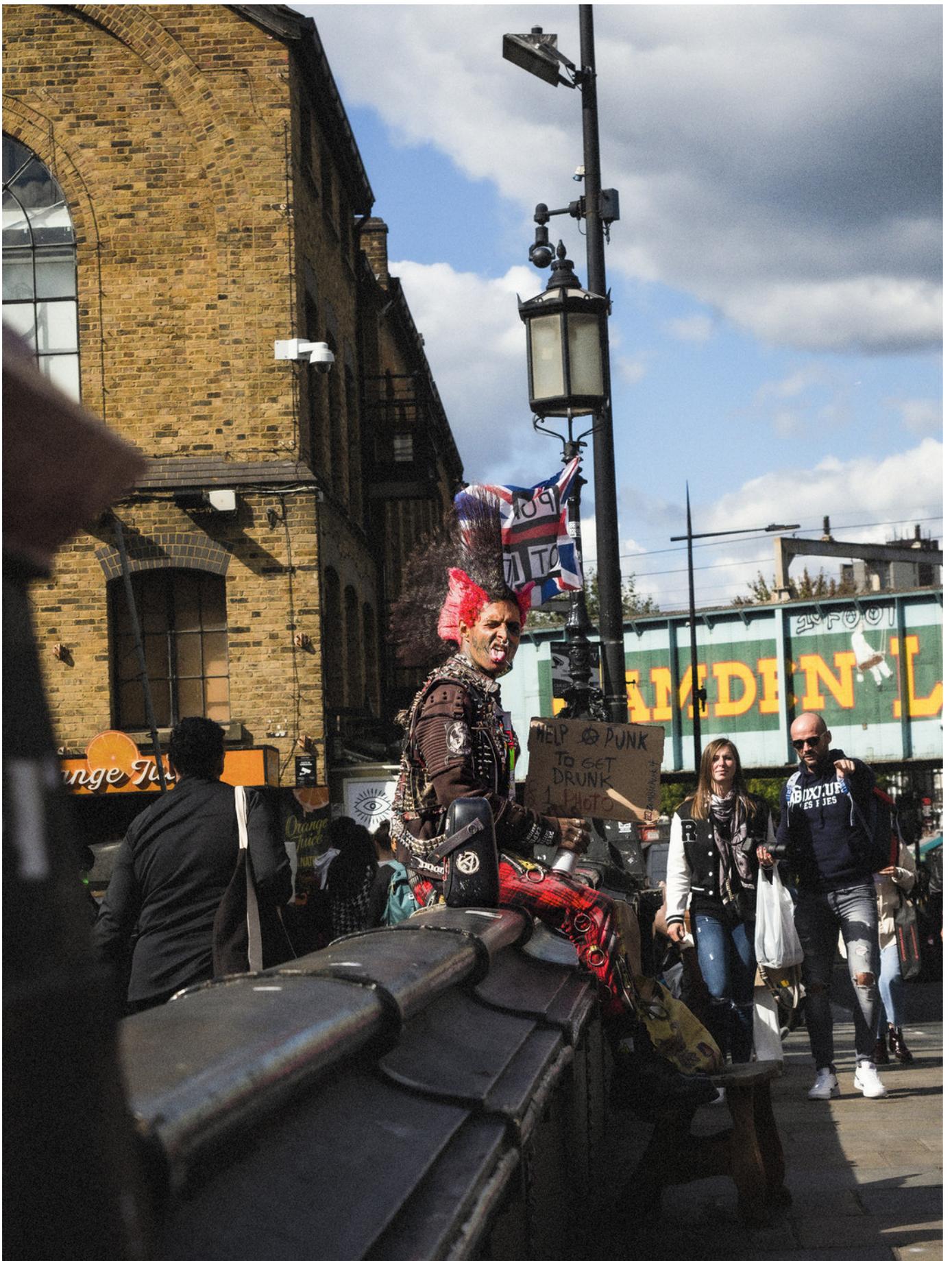
Me equivoqué en ese juego. Apenas tuve amigos, no encontraba mi sitio en ninguna de las actividades que tan fáciles resultaban a mis compañeros. Nada de secretos compartidos, de rodillas llenas de heridas tras un día de juegos interminables, ni tardes de verano llenas con promesas de eternidad.

Quizás por eso, por ese intento de encontrar un asidero, pasé mi adolescencia en medio de un montón de punkis de crestas levantadas con jabón lagarto que lavaban en las plazas públicas para dejarlas enhiestas, vestidos con cientos de tachuelas, llenos de consignas pueriles y una ausencia absoluta de propósitos.

Supongo que ahí tampoco llegué a encajar, o no del todo. Me adoptaron un poco como una criatura frágil y extraña que no duraría mucho tiempo a la intemperie y la que dejas descansar al lado del fuego, un poco por pena, un poco por curiosidad. Mi tristeza era, ¿cómo decirlo?, más victoriana, ya sabéis, mucho poe, byron aderezado con sopenhauer y un poco de nietzsche mal digerido. No hay nada peor que una mala digestión de nietzsche, os lo aseguro.



LA RABIA Y LOS SUEÑOS



Tengo en mi móvil guardadas muchas canciones de aquellos años, a veces las escucho y me sorprende lo vigentes que parecen algunas de ellas. O ellos vieron el futuro o hemos vuelto al punto de partida.

Sí, soy de esas personas que aún guardan las canciones. No quiero que Spotify saque conclusiones sobre mi vida y tampoco creo que esos grupos hayan logrado aparecer en ninguna plataforma. Esa ausencia de visibilidad es algo que, supongo, debería llenarlos de orgullo, ser minoritarios entre los minoritarios, ¿no era eso lo que queríamos?, ser invisibles.

La mayoría de la música que pasaba por mis manos eran maquetas mal grabadas, con poca técnica y rabia, mucha rabia. La rabia era el hilo conductor que nos galvanizaba y permitía reconocernos en cualquier lado. Nos habían prometido que si estudiábamos mucho, si bajábamos la cabeza, si aprendíamos un idioma diferente al nuestro y teníamos algo de suerte podríamos vivir la vida de nuestros padres. Porque eso era lo máximo a lo que podíamos aspirar, a la vida de nuestros padres.

Y eso nos ponía muy furiosos, muy furiosos.

La rabia, me pregunto dónde habrá quedado toda esa energía. Si de verdad supimos hacer algo útil con ella o si simplemente la desperdiciamos como los perfectos salvajes que éramos apartando la pepita de oro que nos prometía la felicidad para quedarnos con un trozo de cuarzo sin valor que nos entregaba el conquistador de sonrisa malvada.

La rabia y los sueños, eso es lo que nos queda. La rabia y los sueños, dos piezas que nunca parecen encajar en ese estúpido juego.



LA PARTIDA INFINITA





Los humanos se enfrentan a la naturaleza como si fuese un extravagante juego en el que usan sus construcciones a modo de piezas. En cada tirada avanza un puente, un edificio surge en medio de un bosque, o una carretera atraviesa el ígneo corazón de las montañas.

El territorio debe ser medido y tasado, todo debe tener un precio y un valor. El dinero puede comprarlo todo, así que esa será la medida de todas las cosas.

Van reclamando el territorio, cambiando el paisaje hasta domarlo por completo. Ríos desviados de su cauce, acantilados cruzados por viaductos, edificios imposibles que son una oda al ingenio y la perseverancia de esa extraña raza. Cada obstáculo es visto como un reto a nuestra voluntad, cada caída un paso más hacia el éxito.

Los humanos creen que van ganando porque la naturaleza rara vez devuelve la jugada. Lo que no saben es que el tiempo de la naturaleza se mide en edades geológicas: ni tan siquiera sabe de nuestra existencia.

Los terremotos, las inundaciones, todo lo que vemos como un agravio contra nuestra tenacidad no son castigos de dioses vengativos insatisfechos con los sacrificios recibidos. Esas señales son sólo leves encogimientos de hombros, pequeños ajustes en los engranajes de un universo que ya era eterno cuando nosotros aún no habíamos aparecido.

En lo que dura un simple parpadeo de esas montañas caerán y nacerán decenas de civilizaciones. Otro puñado de simios furiosos que, abrazados a sus pequeñas supersticiones y atrapados en sus eternas guerras, seguirán erigiendo sin descanso nuevas construcciones que la naturaleza observará con aburrimiento antes de derribarlas para poner a cero el contador.

Una partida infinita que ya hemos perdido, que no tenemos forma de ganar aunque aún no nos hayamos dado cuenta.





Llevo tres días sin poder salir de casa porque hay una pantera haciendo guardia ante la puerta de la entrada. Cuando intento salir se abalanza sobre mí y se muestra boca arriba enseñándome el mechón blanco de su tripa que marca el lugar exacto donde quiere recibir las caricias.

Mi madre me corrige al otro lado del teléfono, *no es una pantera, dice, se parece más a un murciélago* y, sin dejar espacio para la réplica, añade que debería buscar otras compañías porque, además, *esos bichos traen muy mala suerte*.

Enseguida, como ocurre cada vez más a menudo, los engranajes de en la cabeza de mi madre se saltan un par de dientes y me habla del cura del pueblo, *cómo corría por las eras con los pantalones medio bajados y perseguido por un gato negro que nadie había visto nunca*.

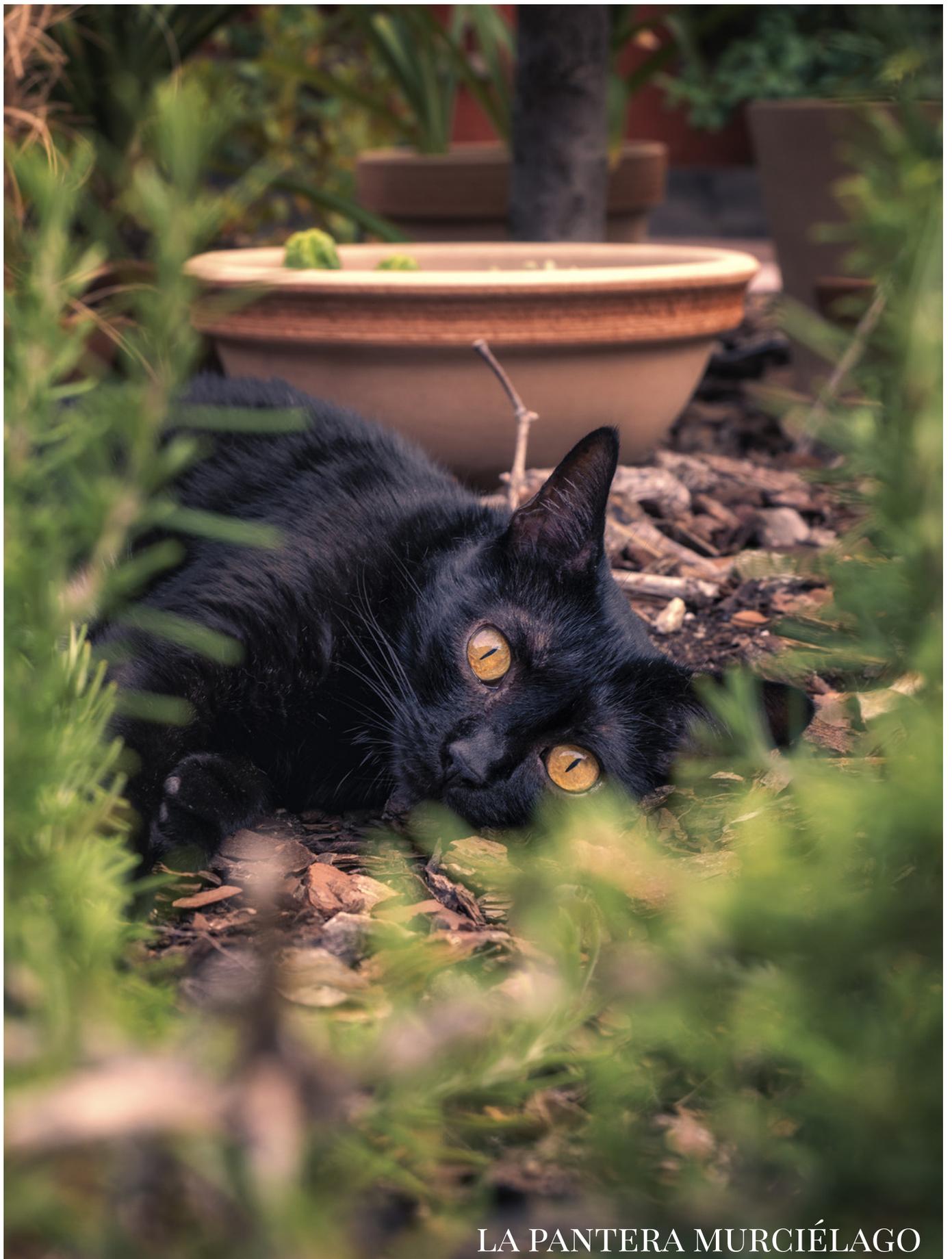
Detiene ahí su inconexa historia y se ríe a traición, una risa extraña que resuena fuera de lugar a través de la línea. Suena como una risa benevolente que ha hibernado entre los recuerdos felices de los cientos de álbumes de fotografías desperdigados por la casa y que ahora, convertida en mariposa, aletea hasta posarse sobre el auricular del teléfono.

Esa risa, una criatura frágil y hermosa que no llegará viva al próximo invierno.

Antes de despedirnos prometo solemnemente acercarme a comer el próximo Sábado con ella. Y, aunque no se lo digo, me hago otra promesa a mí misma para no salir corriendo nada más terminar de comer y quedarme con ella viendo alguna vieja película en esa televisión tan pequeña en medio de un salón demasiado grande, demasiado atestado de objetos que desbordan recuerdos y que imagino como esas cajas sorpresa que abres sin saber lo que contienen y que siempre acaban por decepcionarte.

La pantera me mira ladeada y dibuja un enorme bostezo que casi le vuelve la piel de la cara del revés. *Si tanto te aburro*, digo en voz alta, *quizás debería mandarte una temporada con mi madre*. Antes de poder añadir nada más, la panterita ha entrado corriendo enfurruñada en la casa para buscar refugio bajo la banqueta de la cocina.

Para que mi madre diga que los animales no entienden nada de lo que les decimos.



LA PANTERA MURCIÉLAGO



GOSAS PEQUEÑAS

Camino como un pingüino en medio de una playa empedrada con piedras pulidas y perfectas. Parecen huevos de dinosaurio recién puestos formando un tapiz que corta con el horizonte en una línea recta demasiado perfecta.

Hay un patrón, un orden bajo esa confusión. Pienso mientras los veo brillar espectrales bajo el agua pálida de la bruma y escucho el canto eterno del mar que parece querer mecerlos. Es imposible no ver una intención bajo ese atrezo tan bien dispuesto.

Al fondo un cielo que anuncia tormenta, un cielo que no quiere nuestra presencia sobre sus dominios y nos invita a marcharnos a casa mostrando sus viejas pinturas de guerra. Un añil intenso como fondo, fuertes brochazos de un gris plomizo y salpicaduras anaranjadas cruzando furiosas el lienzo.

Qué pequeños somos ante la naturaleza.

Eso debe pensar también la persona que cruza por delante de mi y al que la perspectiva parece convertir en algo surgido de las propias piedras. Un pequeño y asustado reptil que cree que todo lo que contempla ha sido creado para su deleite.

El hombre, pues se trata de un hombre, se queda quieto por un instante mirando al horizonte con preocupación antes de refugiarse dentro de un impermeable rojo que pide a gritos ser fotografiado.

Regreso corriendo al coche para no mojarme y siento una acogedora tranquilidad al saber que ella me estará esperando. Así es, con sus piernas estiradas y prometedoras sobre el salpicadero, el asiento reclinado y pasando fotos en las redes sociales mientras espera que termine de hacer la enésima foto del día. Tenemos un pequeño código, ella no dice nada cuando imploro como un demente que frene para fotografiar una piedra, un árbol o una nube y yo no digo nada sobre el tiempo que pasa desplazando el dedo sobre la vida de los otros.

Se avecina una tormenta digo con gesto ceñudo señalando a las nubes que parecen agrupadas sobre nuestras cabezas.

Ella se incorpora, asoma la cabeza por la ventanilla mirando al mismo cielo con ojo de experto marinerero y me dice. No, qué va, no caerá una gota.

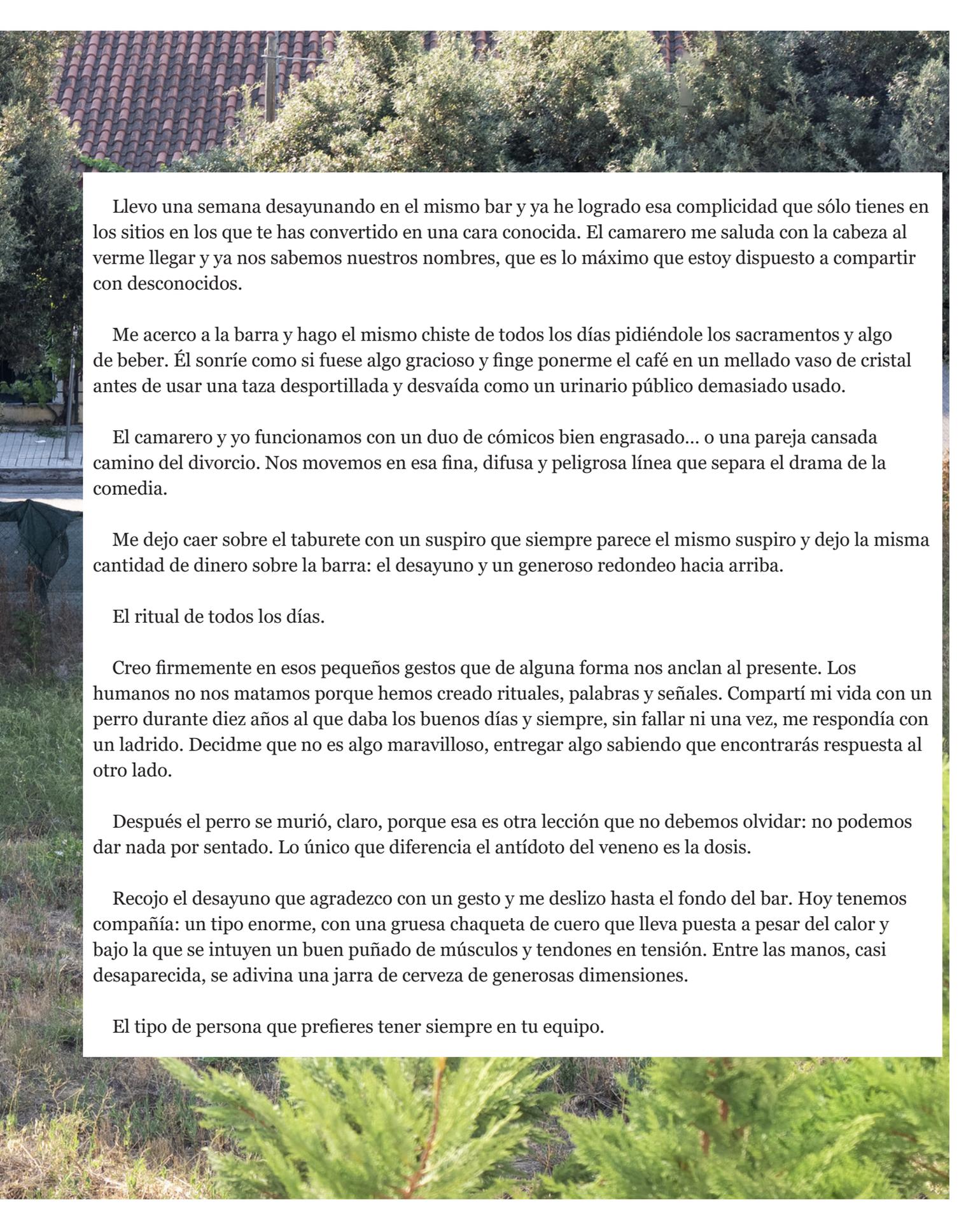
Y, ¿sabéis qué?, que no, que no cayó ni una gota.

La vida... pues eso, prepararte para lo peor y esperar siempre lo mejor porque a veces llega. A veces alguien te espera aún sin entenderte, a veces alguien conoce el valor de una promesa y a veces te llevas contigo una fotografía que no esperabas.

La vida, ya sabéis.



RITUALES



Llevo una semana desayunando en el mismo bar y ya he logrado esa complicidad que sólo tienes en los sitios en los que te has convertido en una cara conocida. El camarero me saluda con la cabeza al verme llegar y ya nos sabemos nuestros nombres, que es lo máximo que estoy dispuesto a compartir con desconocidos.

Me acerco a la barra y hago el mismo chiste de todos los días pidiéndole los sacramentos y algo de beber. Él sonríe como si fuese algo gracioso y finge ponerme el café en un mellado vaso de cristal antes de usar una taza desportillada y desvaída como un urinario público demasiado usado.

El camarero y yo funcionamos con un duo de cómicos bien engrasado... o una pareja cansada camino del divorcio. Nos movemos en esa fina, difusa y peligrosa línea que separa el drama de la comedia.

Me dejo caer sobre el taburete con un suspiro que siempre parece el mismo suspiro y dejo la misma cantidad de dinero sobre la barra: el desayuno y un generoso redondeo hacia arriba.

El ritual de todos los días.

Creo firmemente en esos pequeños gestos que de alguna forma nos anclan al presente. Los humanos no nos matamos porque hemos creado rituales, palabras y señales. Compartí mi vida con un perro durante diez años al que daba los buenos días y siempre, sin fallar ni una vez, me respondía con un ladrido. Decidme que no es algo maravilloso, entregar algo sabiendo que encontrarás respuesta al otro lado.

Después el perro se murió, claro, porque esa es otra lección que no debemos olvidar: no podemos dar nada por sentado. Lo único que diferencia el antídoto del veneno es la dosis.

Recojo el desayuno que agradezco con un gesto y me deslizo hasta el fondo del bar. Hoy tenemos compañía: un tipo enorme, con una gruesa chaqueta de cuero que lleva puesta a pesar del calor y bajo la que se intuyen un buen puñado de músculos y tendones en tensión. Entre las manos, casi desaparecida, se adivina una jarra de cerveza de generosas dimensiones.

El tipo de persona que prefieres tener siempre en tu equipo.

*La foto de esta semana, soy consciente, no tiene mucho que ver con el texto. Pero era esa la vista desde la ventana de la ventana cuando lo escribí y, además, ese coche abandonado me parecía un perfecto ejemplo de “naufragio en tierra”.*

Cuando me acerco descubro unos ojos estrechos y miopes que parecen cubrir con tristeza todo lo que tocan. No hacen juego con el resto del cuerpo, son los ojos de otra persona, una persona que ha ido a otros lugares y luchado en otras batallas. Su hirsuta mata de cabellos rizados esta delimitada por unas gruesas patillas que juguetean traviesas con la comisura de sus labios.

¿Qué fue de las patillas? De alguna manera desaparecieron del paisaje urbano, dejaron de ser algo aceptable socialmente.

El tipo levanta la vista de la cerveza que brilla ambarina bajo la luz de los focos, me saluda con la cabeza y me pregunta que hago en la ciudad porque, de alguna manera, ha adivinado mi condición de extranjero; no me extrañaría que en esta ciudad tan pequeña todo el mundo se conozca. Le señalo la carpeta que llevo bajo el brazo y le respondo con un escueto, *recorro el país resolviendo problemas para un puñado de jefes que ni tan siquiera saben que tienen problemas.*

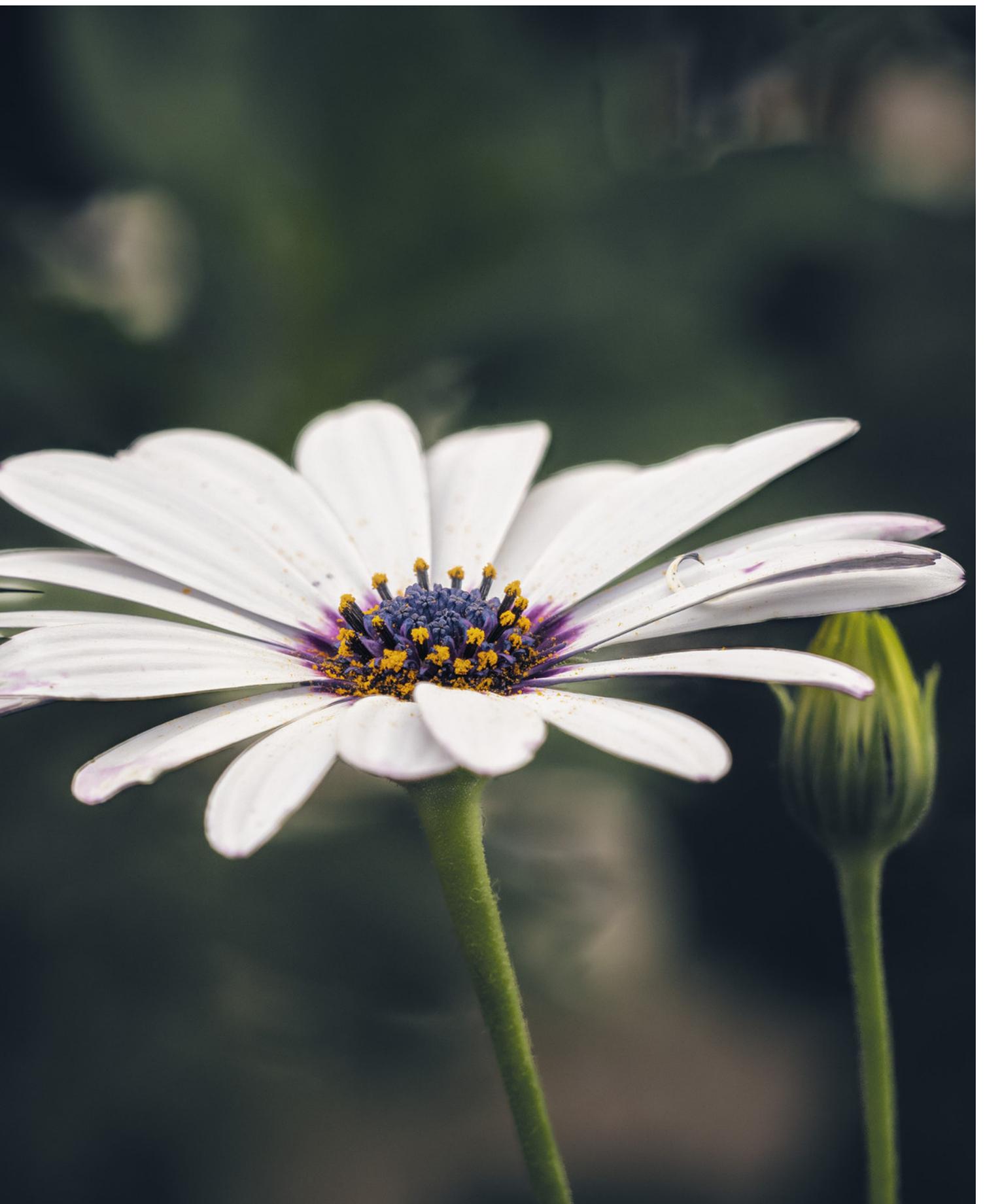
El tipo asiente satisfecho y, aunque no he preguntado, me dice que él es marinero. Marino mercante, añade como si fuese una categoría diferente y fuese importante diferenciarla del resto de marinos que habitan en el mar.

Una ciudad extraña para ser marinero, respondo pensando en voz alta, *aquí no tienen mar.* El tipo ladea la cabeza como si hubiese recibido la señal esperada y añade: *sin embargo es un lugar perfecto para naufragar.*

Es una pena encontrarme de paso en la ciudad. Este lugar podría convertirse en mi refugio favorito del mundo.



COLORES



La naturaleza cifra sus mensajes a través de los colores. Algunos representan una oportunidad, otros vienen en forma de una amenaza o un aviso: ahí tienes una fruta es comestible, esa flor es la que debes polinizar o, mírame, soy un insecto muy peligroso, ten cuidado conmigo.

Todos los animales entienden y respetan el código. Saben que les va la vida en ese aprendizaje y comprenden que en la naturaleza todo tiene un sentido. Un significado fruto de miles de años de prueba y de error, de callejones sin salida y de extrañas carambolas evolutivas de las que dependen la supervivencia de miles de especies.

Pero no todos los animales parecen dispuestos a seguir esas reglas tan sencillas. Con los humanos, la naturaleza se ha encontrado con unos alumnos torpes y un poco engreídos que nunca prestan atención a nada de lo que se les diga.

Siendo honestos, ni tan siquiera entendemos nuestras propias señales. Las pirámides de Egipto tenían todo tipo de avisos y maldiciones para quién osase cruzar sus sagrados umbrales y no hemos dejado ni la pintura de las paredes.

Y lo mismo pasará dentro de mil años, alguien descubrirá un almacén lleno de residuos nucleares repletos con pictogramas y señales de peligro en todos los idiomas posibles y, ¿qué hará?: abrir los bidones con el mismo entusiasmo que un niño los regalos el día de navidad pensando que ese descubrimiento le otorgará un lugar privilegiado en los libros de historia.

Sospecho que la naturaleza ya nos ha dejado por imposibles y que, si pudiese, nos habría puesto una señal luminosa en la frente para que todos los bichos se alejasen de nuestro lado a la mayor velocidad posible.









¿RECUERDAS?

Todo parece roto: el cartel de bienvenida, las ventanas apedreadas con milimétrica precisión y la puerta de entrada que cuelga de los goznes como una boca abierta en un grito de sorpresa.

Mientras avanzamos por los vidrios convertidos en confeti bajo nuestros pies ella me asegura que antes no era así. *No, cariño, te aseguro que antes no era así*, me repite ante cada ventana desaparecida o cada hueco abierto en la pared.

Antes era un hotel “*precioso*“, casi veo las comillas revoloteando entre nosotros y, lo mejor de todo, *aquí es donde nos conocimos*. Conjura esas palabras y me mira esperanzada buscando que sean el hechizo mágico que me traiga de vuelta, pero sólo logra mi cara incómoda y confusa como resultado.

Ladeo la cabeza intentando descargar las cervicales y el pesado vendaje que rodea mi cabeza me devuelve líneas eléctricas de puro dolor. Estamos ante la recepción donde un mostrador caído y un puñado de casilleros esperando noticias que nunca llegarán son el único testigo de su pasado como un lujoso hotel escondido entre telúricas montañas.

Es inmarcesible. Me toma de la mano y me arrastra físicamente tras sus palabras hasta un comedor inmenso.

Ella sigue hablando, habla todo el rato, odia los silencios. *En esta sala, te atreviste a pedirme un baile, no me lo podía creer*. Mueve sus manos con entusiasmo y gira sobre sí misma como una bailarina atrapada en su caja de música.

Yo estaba allí con mis amigos, me informa, pero sólo tenías ojos para mí. Añade y me mira otra vez esperanzada.

Me parece ver un mohín de disgusto al no encontrar nada al otro lado de sus palabras. *¿De verdad no recuerdas nada?*, parece a punto de llorar.

Ladeo la cabeza otra vez y miro mis manos, ¿son mis manos? Vuelvo a pensar en esa palabra, amigos, amistad, deslizo esa palabra por la boca, jugueteo con ella entre los dientes. La sostengo y analizo con la punta de la lengua como un entomólogo ante una especie desconocida. Amigos, amistad, del latín *amicus*, supongo. Oh, sí, al parecer fui una persona muy culta, no puedo evitar usar el pasado para hablar de ese otro yo que existía antes del accidente y del que no recuerdo nada.

Amigos, la traigo de vuelta hasta mi boca, la deletreo con cuidado intentando ubicarla en algún lado. Una palabra que es un anzuelo tras el que aparece un recuerdo, así funciona la memoria me dijeron en el hospital. Pero al otro lado no hay nada, es una palabra vacía a la espera de un significado.

Ella señala las ventanas, hacia los cercos arrancados, los escombros como restos de una explosión desperdigados por el suelo. Así imagino mi cerebro después del accidente. Al fondo de esas ventanas, encerradas en un extraño cuadro, unas montañas que esperan pacientes a que todo se derrumbe a su alrededor para seguir con sus geológicas existencias.



*Las vistas eran maravillosas, oigo que dice a mis espaldas, pero no escucho, no soy capaz de apartar la vista de esas montañas, hay algo en ellas que me atrapa. Sólo necesitan estar, no necesitan entender ni fingir. Su simple existencia es lo que las define por completo.*

*Nos pasamos horas mirándolas abrazados al calor de la chimenea, porque había una chimenea en algún lado, todo era tan perfecto... Casi oigo caer los puntos suspensivos de su boca. Antes todo era perfecto contra el ahora ya nada es perfecto que no se atreve a decir en voz alta.*

Me giro lentamente, de vuelta a mis manos, nudosas y firmes. No parecen mis manos, son unas manos que no tienen dudas, las manos de alguien que sabe quién es. ¿De dónde habrán salido?, ¿de quién serán esas manos?

Observo su cuello, tan frágil y vibrante y lleno de palabras. Y frágil, muy frágil.

Mis manos empiezan a doblarse sin que pueda evitarlo, adquieren casi sin darse cuenta la forma de ese cuello. Se convierten en unas garras.

Creo que empiezo a recordar. Empiezo a recordarlo todo.



LOS VIEJOS DIOSES





Eligieron la colina que vigilaba el valle desde las alturas como un gigante de tiempos pasados. Dividieron el terreno con cuerdas y estacas, subieron las piedras en precario equilibrio y, con ellas, erigieron sus templos.

A un lado quedaron los hombres de Dios, al otro lado los de la Guerra. Qué fina la línea que os separa, qué fácil confundiros entre la niebla que cubre los libros de historia.

Al fondo de la colina, al borde del precipicio, alojaron el camposanto donde unos y otros serán al fin iguales.

La muerte que es el nexo común de todas las existencias, la gran niveladora.

Arriba, muy por encima de ellos, arde un meridiano de sangre que mide las estaciones y pesa a un lado y al otro de una balanza sagrada las almas de aquellos que buscan redención.

Pasaron los siglos. Tiempos de paz y prosperidad que hacen despertar a los dioses de la guerra, rabiosos y enfurecidos tras su largo letargo.

Un temblor recorre el mundo, los dioses exigen sacrificios, nada les consuela, nada les calma. Derriban de un furioso manotazo los templos erigidos en su honor y exigen anegar con la sangre de millones de jóvenes los campos de batalla.

Los templos saltan por los aires. Piedras desperdigadas por el suelo, extrañas figuras geométricas entre los cardos y las jaras salvajes. Una energía primigenia, telúrica, sobre un desolado paisaje lunar.

Los supervivientes salen de sus madrigueras con los ojos enrojecidos. Manchas grises en un amanecer sin luz. Cuerpos rotos entre las piedras, hogares destruidos, el sabor de la ceniza flotando en el aire como una maldición.

Angustiados, encogidos en sus cuevas observan el desastre que intentan conjurar con palabras que aún no conocen. Al final se resignan, sabios por un instante, y doblan sumisos las espaldas para empujar las piedras con los que levantar nuevos templos para aplacar a los viejos dioses.

Es lo único que saben hacer.







UNA CASA JUNTO AL MAR



Ulises regresa a Ítaca en clase turista. *Transbordador de los diecinueve horas, diez minutos de retraso*, anuncia la megafonía entre el graznido atareado de las gaviotas.

El barco ya casi ha tocado tierra, al fondo se vislumbra un paisaje de grúas y excavadoras que, en un extraño truco de magia, han hecho desaparecer las suaves colinas que bajaban hasta la playa para besar al mar. Tampoco hay rastro del huerto de naranjas al lado del puerto que recibía con su aroma a todos los viajeros que llegaban. En su lugar se yergue altivo un imponente hotel, *Hotel El Naranja*, sostiene un enorme cartelón a la entrada y, para demostrarlo, un solitario naranja atrapado en una maceta junto a la puerta giratoria de acceso.

Ulises, el parco, el de los mil ingenios, traga toda la rabia y su sabor amargo hace deslizar una solitaria lágrima por unas mejillas que la reciben con sorpresa. Una lágrima que cae sobre aquel rostro curtido como una gota de agua sobre la tierra yerma.

Tiempo atrás el adivino de Tiresias había masticado las raíces sagradas que sólo brotaban cuando el sol y la luna se encontraban en el horizonte y había proyectado su tercer ojo hacia el incierto futuro de Odiseo. *Olvídate de tu hogar*, había dicho el Oráculo con mirada alucinada. *No puedes regresar a Ítaca, ya sólo es parte de tu pasado. Allí no queda nada para ti.*

Odiseo, fuerte y noble, todo pundonor, interpretó esas palabras como si fuesen un reto a su voluntad y golpeó el pecho con la espada bramando y retando a los viejos y los nuevos dioses a impedirselo.

El adivino, que había logrado llegar a anciano sabiendo cuando cerrar la boca, se limitó a mover la cabeza en silencio. *Regresarás a Ítaca, pobre iluso, porque ese es tu destino*, pensó el Oráculo, *pero la Ítaca que anhelas ya no existe, ahora es bruma y pronto será olvido.*

No quiere seguir viendo ese paisaje ni atrapado en funestos pensamientos, decide Ulises, y se desliza por una escalera hacia las entrañas del barco rumbo a la cafetería atendida por un solitario camarero que tiene a la serpiente Uróboros tatuada en el antebrazo y que le recuerda a Ulises a otro joven, casi un niño, que murió en sus brazos bajo las ardientes murallas de Troya.

Pide un café, solo, y de su garganta brota un nombre que hacía siglos no había vuelto a pronunciar, que ni tan siquiera estaba seguro de poder hacerlo hasta que lo conjuró en las sombras de su boca. *Penélope*, murmura Ulises con voz ronca, *¿sabes de quién hablo?*. El camarero le mira a los ojos sin reconocerlo, asiente con la cabeza y confirma sus sospechas.

Penélope no había esperado su regreso, ¿por qué habría de hacerlo?, piensa Ulises tras escuchar el relato del chico del tatuaje. Él quería la fama y la gloria, y ella dos perros y una casa junto al mar. Él, que su nombre fuese recordado y temido, ella abrazarse a la rutina de los días, unos niños correteando risueños, la labor de costura en el regazo a medio terminar...

Ulises apura el café y sigue escuchando al camarero que mueve la bayeta sobre la barra. Sí, claro que la conocía, todo el mundo conoce a Penélope en la isla, una mujer muy simpática y querida. Había vendido casi todo para poder pagar las deudas y ahora vivía al otro lado de la isla, lejos de los turistas. Sí, tiene dos perros, Argos y Egeo. Sí, vivía en una casa junto al mar.

Descendió del barco a un sol que le resultó desconocido, no era el sol que había dejado a sus espaldas hacía ya, ¿cuántos años?. Las calles, las gentes, todos los bares y tiendas que eran trampas para turistas situados en la subida del puerto.

Tuvo que volver a mirar el billete del barco para asegurarse que había llegado a casa.

Lo decidió en ese instante, su cuerpo empezó a moverse antes de que el propio pensamiento tuviese tiempo a surgir. Regresó a la agradable sombra del embarcadero y se dirigió a la mujer, escondida como una adivina tras un cristal en el puesto de información.

*Un billete para el primer barco que salga de aquí,* exigió con su antigua voz de mando, y la mujer asintió como si supiese perfectamente lo que necesitaba.







Penélope lleva veinte años mirando el mar y ya casi ha olvidado lo que espera. Queda un poso, una especie de conciencia, la necesidad de mantener viva la llama que alimenta un deber sagrado. Un deber no elegido ni buscado, algo impuesto sin explicaciones, como lo son todos los deberes que nos otorgan los dioses, tan parecidos a las maldiciones.

Penélope mira el mar, pero el mar siempre otorga preguntas, nunca respuestas y ella empieza a sospechar que lleva veinte años con las preguntas equivocadas.

Penélope vuelve las espaldas al mar, esa sustancia oscura que late a sus espaldas y que parece construida con los últimos pensamientos de los difuntos. Siente el frío enroscarse entre sus pies desnudos, pero ya ha dejado de tener miedo. Sabe que hay un futuro ahí fuera para ella.

Sólo debe salir a buscarlo.



AL OTRO LADO DEL MAR

Llegaron los hombres del otro lado del mar a bordo de extraños barcos coronados con cabezas de animales talladas en sus quillas. Dejaron a su paso una extraña cosecha de cuerpos mutilados que exhibían sus vísceras al sol inclemente y un reguero de niños que nacieron a los pocos meses con el pelo oscuro, ojos tan profundos como el mar del que vinieron y almas tan corruptas como las criaturas que los habían engendrado.

Los supervivientes hicieron lo que hacen siempre tras cada batalla: intentar seguir con sus vidas. Enterraron a sus muertos y rezaron por sus almas, reconstruyeron lo que pudieron y rogaron ayuda a los dioses para mantener aquellos barcos alejados de las costas.

Las mejores cosechas, los animales más sanos ardieron durante días en los templos que se alzaban en el monte que vigilaba la isla desde las alturas. Durante semanas el humo sagrado de aquellos rituales se elevaba hacia los cielos impulsado por las plegarias de los fieles y se difuminaba entre las plácidas nubes buscando la gracia divina.

De todos los dioses, sólo Poseidon respondió a la llamada. Los habitantes del pueblo aún no lo sabían, pero no había más que odio en el corazón del viejo Dios que hacía responsable a toda la humanidad de la muerte de su hijo, Polifemo, a manos del infausto Ulises.

Hacia siglos del mítico viaje de Ulises y ya nadie recordaba la crónica de su odisea, era una leyenda, un mito al borde de la nada. Aquellos que lo conocieron eran olvido, como olvido era el propio Héroe para todo el mundo menos para Poseidon. Él recordaba, recordaba cada día la muerte de su vástago a manos del hijo predilecto de la mil veces maldita Ítaca.

En el corazón de los dioses no hay tiempo, sólo memoria. Los dioses pueden hacerlo todo menos olvidar.

*No os preocupéis, yo os ayudaré en esta hora aciaga,* bramó el Dios desde las alturas. *Erigid una estatua en mi honor a la entrada del puerto y ya no entrarán más barcos. Cada vez que una embarcación cruce ante sus ojos un huracán hará astillas la embarcación.*

Y así fue como, una vez descubierta la estatua con la testa del dios a la entrada del puerto, aquella isla quedó incomunicada del resto del mundo. Desde aquel día ningún barco pudo entrar en el puerto, ningún barco pudo salir de la isla.

Ese era el verdadero significado de las palabras de Poseidon: Cada vez que una embarcación cruce ante mis ojos un huracán hará astillas la embarcación.

Se habían quedado incomunicados, aislados en ese pequeño trozo de tierra llena de naranjos y azotada por el viento. Los pactos con los dioses siempre esconden una trampa en su podrido corazón.

Los habitantes comprendieron la lección demasiado tarde: no hay que fiarse nunca de los dioses. No es posible ser omnipotente, omnipresente e inmortal y no acabar odiando a esas criaturas tan débiles y tan crueles que creaste en un momento de absurda debilidad.

Los humanos midieron el terreno, colocaron máquinas voraces sobre él y levantaron una valla de alambre que relucía con las gotas de rocío atrapadas al amanecer.

Los animales vieron todos esos esfuerzos y sintieron que su mundo se hacia demasiado pequeño. Empujaron, golpearon con las extremidades los postes clavados a la tierra y tumbaron la valla. Un rugido de victoria cubrió el valle.

Los humanos vieron el desastre y cambiaron el alambre por intrincadas púas cosidas a lo largo del territorio. Un mensaje escrito en morse a través de puntos de hormigón, sobre los cuales emplazaron nuevos postes.

Los animales empujaron, golpearon y derribaron la valla.

Los humanos sintieron que su voluntad se encontraba amenazada; no podían consentirlo. Trajeron máquinas más potentes, más manos voluntariosas erigieron una empalizada con aires de eternidad construida a base de cemento y ladrillo.

Los animales pidieron ayuda al viejo árbol que había contemplado la batalla en silencio. El viejo árbol extendió sus ramas hacia el horizonte, tomo fuerzas desde lo más profundo de la tierra, y sus raíces resquebrajaron el muro. Los animales empujaron sobre la grieta recién abierta y el muro se derrumbó con estrépito.

Los humanos pronto harán su siguiente movimiento.



ESTAMPIDA





LA VIDA BREVE DE LAS FLORES



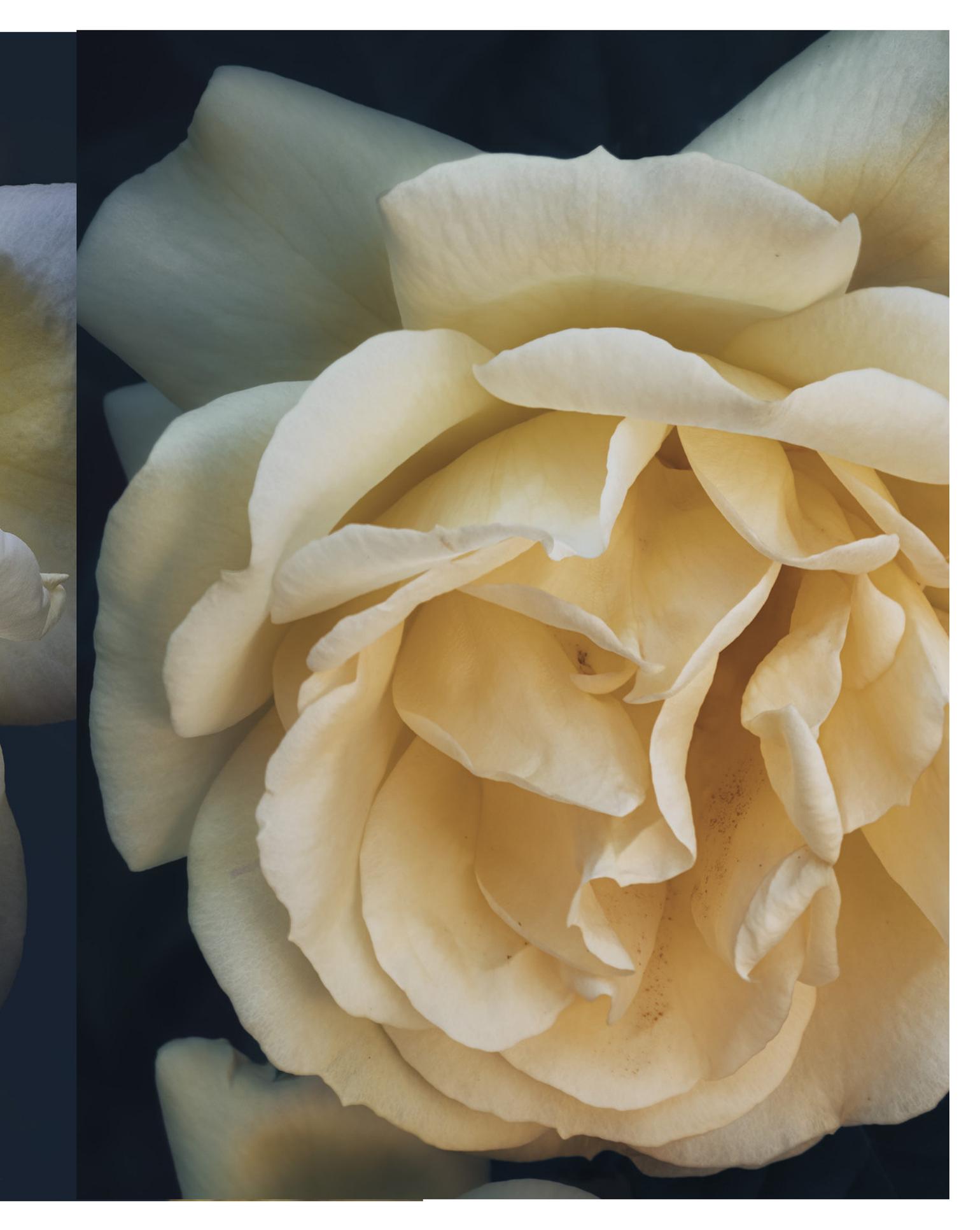
LA VIDA BREVE DE TODAS LAS COSAS











Hay algo suicida en la breve vida de las flores. En esa explosión de colores que brilla con el doble de intensidad pero lo hace durante la mitad de tiempo.

Esas flores eran las únicas supervivientes del sol abrasador que había traído el verano y habían decidido convertirse en metáfora refugiándose agrupadas a la sombra de la valla del cementerio municipal. Estaban apiñadas, dándose ánimos, pero a la vez compitiendo por el estrecho espacio disponible.

Se sabían perdidas y habían decidido marcharse en medio de una explosión de color.

La vida breve de las flores es la vida breve de todo lo que nos rodea, del olvido que seremos. Si esperamos el tiempo suficiente, si lo hacemos desde la distancia correcta, todo desaparece. Los fósiles con millones de años, las palabras del poeta asesinado, los girasoles del pobre tullido. ¿Qué será de todo eso en cien años?, ¿en mil?, ¿en un millón?

La vida es un luminoso espacio de tiempo en que atesoramos momentos, enseñanzas e ideas, seguido de un vacío enorme en el que vamos perdiendo todo eso hasta quedarnos sin nada. No hay forma de evitarlo; siempre acaba llegando. Lo único que podemos hacer es presentar una dura batalla, que planteamos levantando precarias barricadas erigida con libros, con canciones... y sí, también fotografías.

Antes recorría estos caminos contigo, ahora mi mano ya no es la continuación de la tuya pero sigo volviendo a los mismos lugares compartidos. Quizás esa sea mi barricada contra el olvido, quizás una cobardía, o una costumbre. Tengo demasiadas preguntas para todo.

Me decías que te gustaba caminar conmigo y también las flores. Pero es difícil saberlo; creo que no llegamos a conocernos, o no del todo. No lo digo con tristeza, ese lento arañar en la porcelana de los recuerdos. Creo que ese fue nuestro secreto, que nunca quisimos conocernos. Nos negamos a ese acto un poco obscuro de exhibir las tripas abiertas de nuestras vidas para hacernos más humanos, más dignos, para intentar justificarnos ante el mundo.

A nuestro alrededor vimos caer a muchas parejas perfectamente sincronizadas, casi indistinguibles entre sí. Con el tiempo se fagocitaron, se devoraron hasta dejar de vivir, convirtiéndose en un todo asfixiante.

Nunca quisimos ser eso y creo que esa fue la clave de nuestra supervivencia. O quizás fuese simple azar. Uno siempre intenta tener algo de mérito en las pequeñas victorias, como quien ve la batalla desde lejos y corre presuroso para aplaudir el día del desfile que conmemora la victoria.

De nuevo, tengo demasiadas palabras para todo.

Antes de marcharme, me agacho ante las flores y dejo caer sobre la tierra yerma la botella de agua que llevo conmigo. Intento recordar si entre todas las plegarias que casi a golpes me enseñaron a recitar en mi juventud había alguna que hablase de la breve vida de las flores.

No recuerdo ninguna, sólo me viene a la cabeza, The answer, my friend, is blowin' in the wind. The answer is blowin' in the wind.

Espero que os sirva.















*La vida breve de las flores es la vida breve de todo lo que nos rodea, del olvido que seremos. Si esperamos el tiempo suficiente, si lo hacemos desde la distancia correcta, todo desaparece. Los fósiles con millones de años, las palabras del poeta asesinado, los girasoles del pobre tullido. ¿Qué será de todo eso en cien años?, ¿en mil?, ¿en un millón?*